
ciencia ficción en bits
AXXÓN
273
Vidal

Axxón 273, mayo de 2016

Editorial - Axxón 273

ARGENTINA



Sabrán disculpar si los últimos meses estuve demasiado ensimismado. Es que este espacio es para mí un momento de reflexión ajeno a la vorágine de la vida diaria: cuando llego a esto generalmente vengo de leer los primeros cuentos, preparar la tapa y otros elementos gráficos y técnicos que hacen a la aparición de cada número y mi mente se encuentra en un estado especial, que vuelca lo que seguramente ya estuvo merodeando en mis pensamientos, pero a otro nivel. Es una isla en la cual recalo periódicamente, donde soy único habitante y privilegiado *voyeur* de los actos de nuestras visitas literarias.

Y a veces pienso, claro. Pienso en otras cosas, quiero decir. Por ejemplo, me maravilla encontrar tal variedad de orígenes en las obras que presentamos, y estoy muy agradecido de eso. Si bien cada zona del mundo tiene su propio tono, siento que cada vez estamos más en igualdad, que por suerte hay voces originales en cualquier rincón del orbe, y que no importa demasiado su origen: vamos a entendernos más allá del *color local* y personal que sin duda tiene cada obra, ligada completamente a su autor. Pareciera que éste es un género inagotable, donde la creatividad no deja de brotar, siempre hay un paso más para dar, tal vez obedeciendo al conocido *donde ningún hombre ha estado jamás*. Y más me maravilla saber que lo que nosotros presentamos, apenas un puñado de obras por mes,

es menos que una escama de hielo en la parte visible del iceberg. Me alcanza con leer lo que otras publicaciones presentan en cada número, autores desconocidos por mí y obras maravillosas que buena y sanamente envidio no haber encontrado primero. Y está muy bien, lo bueno de esto es que nos realimentamos en un ecosistema creativo que nos hace crecer a todos.

Eso también me hace pensar si lo que publicamos es representativo de lo que se está creando. En cierta forma, hago un paralelismo entre lo que me pasa cuando escribo estas líneas y lo que le pasa al autor cuando pone en marcha su máquina de inventar. Cuando el escritor crea, se muestra, expone algo de lo que brilla en su interior… incluso cuando el brillo uede partir de su oscuridad más profunda.

Porque mi pregunta (y siento que me repito) es por qué no tenemos más obras que imaginen un mundo mejor. Lejos del positivismo de muchos cuentos de la CF escrita en época de oro norteamericana, de una visión *naive* de la ciencia y el futuro, creo que se puede inventar un mundo nuevo donde las cosas sean mejores para la mayoría, más parejo y justo. Yo tengo en mente un puñado de obras que son muy buen ejemplo de esto y que por supuesto me han marcado. Hoy no les veo equivalentes. Quiero creer que estoy leyendo lo suficientemente poco como para no enterarme de ellas.

¿Dónde está, entonces, la gente que hoy está imaginando el mundo que necesitamos, la que nos muestre aunque sea pequeñas pinceladas de ese Edén? Pero ojo, no tiene que ser un paraíso perfecto, la Utopía hecha carne. En todo Paraíso que se precie siempre debe haber maléficas serpientes y tentadoras manzanas.

La creatividad está presente en todos nosotros, y pareciera que está especializada en hacernos ver apenas algo más allá de aquello que nos duele. ¿Eso es lo que deseamos? ¿Esto es todo lo que podemos dar?

El género fantástico (no sólo la ciencia ficción) ha tenido siempre la capacidad de generar ideas capaces de cambiar el mundo. ¿Qué estamos esperando para generar ideas que nos saquen del berrinche egoísta, adolescente y solipsista que es el mundo de hoy? ¿Vamos a seguir actuando por siempre el guión que unos pocos deciden y escriben por nosotros?

Estoy convencido de que si el mundo va a cambiar para mejor, el germen estará escrito en páginas como ésta.

Generemos esas ideas que nos harán mejores. No desperdiciemos la creatividad. Llevémosla más allá de todo límite, hasta donde nunca nos hemos atrevido a llevarla.

Anales de la Cronofagia

Jorge Falcone

 **ARGENTINA**



Ilustración: Jorge Falcone

ACTA I

YO, JONÁS SUFURINO SÉPTIMO, PANRELIGIOSO DEL MONASTERIO DE BROKEN, EN PLENO USO DE MIS ATRIBUTOS SICOFÍSICOS Y POSTRADO ANTE TODA ENTIDAD QUE PUEBLE HOY O MAÑANA LA BÓVEDA CELESTE, ACREDITO QUE LO QUE AFIRMO AQUÍ ES PARTE DE AQUELLA NOCIÓN INSIGNIFICANTE QUE ALGUNA VEZ SE LLAMÓ VERDAD.

ACTA II

HA MUCHO TRANSCURRIDO DE LO QUE AQUÍ SE CUENTA. PROMEDIA FEBRUARIO DE 7006 PROBABLEMENTE CUANDO ME SIENTO A TRANSCRIBIR PARA TODOS LO QUE AQUÍ SE CUENTA. TRANSCURRIENDO LA PRIMERA ESTACIÓN DEL AÑO Y PADECIENDO SUS CÁLIDOS RIGORES, MEMORO QUE A MI

VINIERON HA MÁS DE UN SIGLO YA.

ACTA III

NO MENOS DE SEIS MAHABORITAS DEL SUR DE XULÚN FUERON VENIDOS. A PREGUNTAR POR AQUELLO FUERON VENIDOS. POR AQUELLO DE LO CUAL YA CASI NADIE SE PREGUNTABA. CURIOSOS E INQUISIDORES COMO EN DESUSO ERAN, A MÍ PREGUNTÁRONME ESA VEZ. Y ASÍ FUE QUE EN PLENA DECREPITUD ASISTIÓME LA OLVIDADA EMOCIÓN QUE EJERCER EL DON DE LA DUDA TRAE CONSIGO.

ACTA IV

Y NO BIEN BRINDADA QUE LA RESPUESTA LES FUE, A LA ACCIÓN PASARON AQUELLOS DECIDIDOS. AL HACER YA IMPRACTICADO, CUANDO DESDE EL ABISMO DE UNA MEMORIA EN DESUSO LA CONTESTACIÓN BUSCADA LES VINO. Y EL FLUJO ANCESTRAL DEL VIEJO MAR EN AGONÍA SE ASOMÓ A LOS OJOS DESTE CANSADO QUE ASISTÍA PERPLEJO, UNA VEZ MÁS —COMO EN ANTAÑO— A LA PALABRA PUESTA EN OBRA…

ACTA V

LA PROHIBIDA ALQUIMIA Y LA REMOTA BIOGENÉTICA ENTONCES FUERON CONJURADAS AL PUNTO PARA CONSUMAR LA GRAN EMPRESA. LA DE REVERTIR SIGLOS IMPUESTOS DE INSOPORTABLE POSTRACIÓN. LA DE ARRIESGARSE A DESARMAR EL TEDIO DE ESA DEMOLEDORA LONGEVIDAD INSTALADA ENTRE NOS DESDE AQUELLO…

ACTA VI

VIVIFICADA FUE LA INMEMORIAL ANÉMONA EN TODA SU NOBLEZA. RECUPERADO AL FIN, MERCED A MAGIA Y CIENCIA, EL ALIENTO DEL BUEN PÓLIPO DEVORADOR DE ESPACIO Y TIEMPO. Y PALPITÓ DE NUEVO EL TENTÁCULO AYER MOMIFICADO, AL CONJURO DE UN FLUÍDO QUE SE CREÍA PARA SIEMPRE MUERTO.

ACTA VII

DÍA Y NOCHE LABORARON AQUELLOS MAHABORITAS, BAJO EL LÁNGUIDO SOL CADA VEZ MÁS PRÓXIMO, BAJO LAS TRES LUNAS INCANDESCENTES CADA VEZ MÁS DISTANTES. ERAN SEIS AL COMIENZO Y RINDIERON POR DOCE. ALREDEDOR DE CUARENTA PARECÍAN AL SIGUIENTE AÑO. MÁS DE DOSCIENTOS AL PROMEDIAR LA FAENA.

ACTA VIII

DURA FUE LA OBRA, MAS VOLVIÓ A LO HUMANO LA ENERGÍA NECESARIA PARA REVERTIR UN RUMBO, QUIÉN SABE SI NATURAL O POR SOPLO DIVINO IMPUESTO, UN DERROTERO HACIA EL HARTAZGO DE DURAR POR SIEMPRE, QUE FUE CREANDO EL FERMENTO DEL INTERROGANTE PRIMERO Y DE LA REBELIÓN DESPUÉS…

ACTA IX

YO ESTUVE ALLÍ. DECIRLO PUEDO. FACTÓTUM FUI DE LA MÁS GRANDE EPOPEYA DE LA ESPECIE. INICIADO QUE HUBE SIDO DESDE ANTAÑO EN LOS BIBLIORATOS DEL ESTRAGO. DONDE LEER TRABAJOSAMENTE AÚN SE PUEDE: HA MUCHO FUE. DESPUÉS DEL SIGLO XXII QUE AQUELLO ACONTECIÓ Y PERDIÓ LO HUMANO FINITUD.

ACTA X

Y AQUELLA ILUSIÓN PEREGRINA POR ALGUNOS CODICIADA SE HIZO CIERTA. Y NUNCA MÁS BLANDIÓ SU GUADAÑA EL CEGADOR ESFORZADO. Y CONOCIÓ EL NIÑO A SU TATARABUELO, Y CASÓ LA JOVEN CON ANCIANO, Y DIO EL MUNDO POR CLAUSURADO EL CAMPOSANTO. Y SE POBLARON URBES HASTA LO IRRESPIRABLE. Y SE MATÓ POR LEY DE QUE EL PLANETA ALCANCE.

ACTA XI

Y CUNDIÓ EL ABURRIMIENTO COLECTIVO AL NO ENCONTRAR EL HOMBRE YA CÓMO RELLENAR LOS DÍAS. PORQUE TODO LUGAR FUE VISTO Y TODA EXPERIENCIA VIVIDA. Y HÁBITO FUE MÁS TARDE QUITARSE LA VIDA EN SEÑAL DE PROTESTA ANTE EL DESTINO. ASÍ LO DICE EL SABER EN AQUELLOS BIBLIORATOS CONTENIDO.

ACTA XII

SABER QUE EN TANTO EVOCO VA DANDO PASO A UN SUEÑO. JUSTO Y ANHELABLE COMO TODA UTOPÍA: EL DE RECUPERAR

LA MUERTE POR REVALORIZAR LA VIDA. Y ELLA ES AHORA, PARA BIEN DE LO HUMANO, LA SAVIA QUE AL RESUCITADO PÓLIPO ANIMA. COSMOS QUE AYER LO VIERA RECORRER TUNDRA Y ESTEPA, JUNGLA Y PRADERA, OTRA VEZ PODRÁ, VENIDA LA VIDA NUEVA.

ACTA XIII

Y SERÁ A NUESTRO DESIGNIO QUE VOLVERÁ A ENGULLIR LO INDESCIFRABLE. COMO EN TIEMPOS DEL AYER, EL SUBLIME OFICIO DE TRASEGAR TIEMPO Y ESPACIO RECORRIENDO UN RUMBO INVERSO. DERRIBANDO BARRERAS DE LO POSIBLE EN LARGO VIAJE ATRÁS, HACIA EL ORIGEN DE LO ACIAGO, POR REDIMIR LA HUMANA SUERTE DEL ESTRAGO.

ACTA XIV

PERO NO HAY FUERZA SOLO HUMANA QUE TAMAÑA MISIÓN CUMPLIR PUEDA. Y DEL GÉNESIS HUMANO MENESTER ES CONVOCAR TAMBIÉN LO ARCANO. AL IMPROBABLE QUE NOS VISITA EN SUEÑOS, LA FE DEL MÍSTICO HABITA, Y LA VERBA DE RAPSODA Y TROVERO.

ACTA XV

ESE ANTIGUO QUE LA PRIMIGENIA FORESTA CONOCIERA, HECHO DE RELIGIÓN Y MIEDO, SUPERCHERÍA Y DESESPERO. LOS INQUIETOS MAHABORITAS DE XULÚN A MI ENCUENTRO VENIDOS ASÍ PENSARON MENOS INGRATO EL CAMINO…

ACTA XVI

Y LLEGADO QUE HUBO EL MOMENTO DE INVOCARLO Y DARLE FORMA, UN ESTREMECIMIENTO SOBREVINO. TEMBLARON LAS TORRES DE HYPERBOREA, Y LAS AGUJAS DE RECÓNDITAS CATEDRALES DE LA ATLÁNTIDA PARTIERON LA TIERRA. Y VIERON LA LUZ DE NUEVO PORQUE RENACIÓ LA FE POSTRERA.

ACTA XVII

NI EL BUDA NI AQUEL CRISTO CONOCIERON LA ESPERANZA DE LOS HOMBRES QUE AQUEL INVOCADO PUDO. NI SE SUPO DE CULTO QUE TANTO TIEMPO DURARA O FUERZA SIMILAR COBRARA. NI SACERDOTE NI SIERVO QUE TAN NUMEROSO FUERA Y TANTO DEPOSITARA EN EL PODER REDENTOR DE ESE PÓSTUMO MESÍAS.

ACTA XVIII

Y VOLVIÓ LA FORMA AL SANTO DE LA MANO DEL HOMBRE, Y DE LOS MAHABORITAS QUE EN MILLAR LABORABAN SINTIENDO COMO UNO SOLO, TORNÓ LA LUZ AL CENTRO MISMO DE LAS COSAS. Y REINVENTARON UN DIOS POR CAUSA QUE EXPLICAR NO PUEDO, Y AQUELLO ACONTECIÓ SIN TEMPLO.

ACTA XIX

ADRAMELECH, EL ÚLTIMO PROFETA, ES EL QUE YO REFIERO.

ADRAMELECH EL MÁXIMO. ADRAMELECH FULGOR DE CIEGOS, AGUA DE LOS SEDIENTOS. ADRAMELECH EL GUÍA, ADRAMELECH ABRECAMINOS. EL QUE NO TIENE RUMBO INCIERTO. VELA POR NOS SI AÚN ESTÁ SU SAGRADO OÍDO ATENTO.

ACTA XX

LISTO EL PÓLIPO VORAZ, TRASEGADOR DE ESPACIO Y TIEMPO. PUESTO ADRAMELECH ENTONCES POR NUESTRA FE EN SU SITIAL NUEVO, LLEGADO HUBO EL MOMENTO DE DAR BATALLA AL DESTINO.

ACTA XXI

ASÍ LO RECUERDO YO, QUE YA NO SÉ SI LO HE VIVIDO. TAL COMO AHORA RELATO A LOS HIJOS DE MIS HIJOS. DEL PUEBLO MAHABORITA SURGIÓ LA REBELIÓN. TODO ERA RESIGNACIÓN, INERCIA HASTA AQUEL INSTANTE. ¡DEL SUR DE XULÚN VINIERON, LOS REVERENCIEN LOS TIEMPOS!

XXII

CON LA SEGUNDA ESTACIÓN CULMINÓ ESE AÑO. Y LA HOJA DE RUTA POR MI BENDECIDA REABRIÓ CAUCE PARA RECUPERAR LO TRUNCO. LO PERECEDERO, AQUELLO QUE —COMO ANTES— ALGUNA VEZ TERMINA.

XXIII

CUANDO FAMÉLICO EL PÓLIPO DE UNA VEZ POR TODAS, PRESTOS FUERON LOS FUTUROS PEREGRINOS. CUANDO FURIOSA LA BESTIA DE TAN PROLONGADO AYUNO, SOÑAR SE PUDO CON LA BRECHA QUE REABRIERA HACIA LOS TIEMPOS IDOS EL RUMBO.

ACTA XXIV

SUJETA FUE LA FIERA AL MÓVIL. EN PAR FUE ACORDONADA. AMALGAMA DE PÓLIPOS ANSIOSOS POR DEVORAR PASADO O ENGULLIR FUTURO POR EVOCAR UN SABOR OLVIDADO.

ACTA XXV

Y AL FIN SE ANUNCIÓ QUE TODO APRESTO TERMINABA Y EL PERIPLO COMENZABA. YO TUVE LA FORTUNA DE ESTAR ALLÍ COMO LO ESCRIBO. Y LOS MAHABORITAS ME ENCARGARON SUS CRÍOS. Y DUDANDO VOLVER A VERME BESARON LOS PIES DE ESTE QUE LOS LIBROS REVELARA.

ACTA XXVI

Y UNA ENORME SOLEDAD Y UN INFINITO VACÍO VINIERON A POSARSE AL UMBRAL DE MI SITIO. Y RECÉ A ADRAMELECH. Y LLORÉ COMO HACE SIGLOS. Y ENCOMENDÉ A LOS ELEGIDOS LA CORRECCIÓN DE NUESTRO SINO.

ACTA XXVII

ENTONCES CRUJIÓ LA RUEDA. Y ABRIÓ EL PÓLIPO SUS FAUCES TRAS UN LAPSO INFINITO. Y UN RELÁMPAGO ENSOMBRECIÓ AL PLANETA. Y ASÍ EMPRENDIERON EL CAMINO DE RECORRER HACIA ATRÁS CUATRO SIGLOS, TRAGANDO ESPACIOS, DEGLUTIENDO TIEMPOS, ABRIENDO DE PAR EN PAR LA BRECHA QUE REDIMIERA TANTO PADECIMIENTO.

ACTA XVIII

Y ASÍ FUE QUE DEJÉ DE VERLOS. DE LO QUE DEJO CONSTANCIA, SIENDO QUE HA MUCHO TIEMPO. Y POR TORCER LA SUERTE EN ESE MAGMA SE PERDIERON. RECORRIENDO LA DISTANCIA QUE NOS SEPARA DE AQUELLO. DEL MOMENTO PRECISO EN QUE, VÁYASE A SABER LA CAUSA, ACABÓ LA MUERTE Y COMENZÓ EL TEDIO. LA LARGA E IMPIADOSA CONDENA QUE AÚN PADECEMOS.

ACTA XXIX

YA HACE COMO UN SIGLO DE CUANTO REFIERO. NINGUNO SUPO MÁS DE ELLOS. ACASO AÚN ESTÉN VINIENDO A RESTAURAR EL ANSIADO DERECHO A EXTINGUIRNOS COMO FUE EN UN TIEMPO. HOY SOÑÉ QUE RECUPERO LA ANSIADA DUDA DE CUÁNDO SERÁ MI MUERTE… Y ME DESPOJO DEL INSOPORTABLE PESO DE LO ETERNO. HOY LO HE SOÑADO. ENTONCES SONRÍO Y ESPERO.

A la memoria de Alejandro Enrique De Sio,

que me condujo a Lovecraft
partiendo de Rampsey Campbell.

Egresado de Bellas Artes (La Plata, Buenos Aires, Argentina). Ex ilustrador de Revista Arkam (dirigida por Daniel Rubén Mourelle) *. Ex ilustrador de Revista Sinergia (dirigida por Sergio Gaut Vel Hartman) *. Co fundador del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía. (27 de febrero de 1982, Café Tortoni) *. Ex dibujante de la Revista Todos Juntos *. Ex dibujante del Suplemento Infantil dominical del Diario La Voz del Mundo. Primer Premio Poesía Ediciones Amaru 1987. Ex Director de Relaciones Públicas de la Sociedad Argentina de Escritores. Docente de Cine y Taller de Redacción y fundador de la primera carrera universitaria de Diseño de Historietas en la Universidad de Palermo. Productor de Contenidos del Programa Federal de Televisión Digital del Ministerio de Ciencia y Tecnología de la Nación.

(*): Actividades desarrolladas durante la última dictadura argentina bajo el seudónimo de Hugo Conte.

Esta es su primera aparición en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con CRONOELIPSIS, de Alejandro Alonso.

El remanso de los cipreses

Toño Suárez Moreno

MÉXICO



Ilustración: Valeria Uccelli

Gonzalo Cervera trataba de disimular su nerviosismo en la sala de juntas. En unos minutos comenzaría la reunión donde anunciaría el nuevo gerente de la sección. Sólo eran dos los candidatos viables, él y el recién llegado, Raúl Íñiguez. De seguro, Gonzalo sería el vencedor; el joven llevaba apenas unos meses en la compañía, mientras que Gonzalo tenía una experiencia de casi tres años. Aunque el muchacho poseía una maestría de una universidad extranjera. No, no era importante. Él sería el elegido. Era lo justo, ya le tocaba.

—Siéntense todos, estamos listos para comenzar —ordenó Torcuato Zamarripa, uno de los directores de la compañía.

Tomaron sus lugares correspondientes entre un chirrido de acercar sillas y prender tabletas y PCs.

—Antes de iniciar, tengo un anuncio —dijo el Jefe, directo al grano—. Como nuevo gerente hemos nombrado a Raúl Íñiguez.

Gonzalo quedó estupefacto. No escuchó las congratulaciones y aplausos que recibió su rival.

El resto de la junta la pasó en blanco. Dos veces le tuvieron que llamar la atención debido a que no contestaba preguntas dirigidas a él.

—¡Cervera, a mi oficina! —ordenó Zamarripa con voz firme en cuanto terminó la asamblea.

—¿Qué demonios sucedió en la junta? Estabas totalmente perdido. ¿A qué se debe?

Gonzalo apretó fuerte los puños. Su jefe era un desgraciado, ¿estaba jugando con él? Era lógico su comportamiento. Mantuvo el silencio.

—¿No me vas a dar alguna respuesta?

—Lo que pasa es que me afectó un poco que no me haya dado el puesto.

El jefe se le quedó mirando.

—Ja, ja, ja. ¿Creíste que estabas en la contienda? ¡Por favor! Eres flojo, siempre llegas tarde, te vas temprano. Entregas a destiempo tus reportes. En lo que va del mes has faltado tres días, e innumerables cosas más.

—Es que ya llevo tres años en el mismo puesto. Es hora de que me suban.

—Esto no es una situación de tiempo, es de esfuerzo y dedicación. Mira a Íñiguez, siempre trabaja hasta tarde, cumple con su trabajo y aún da un poco más.

Gonzalo se desconectó en ese momento. Claro que Íñiguez trabajaba de más, era un lameculos. Oía en la distancia la diatriba de su superior.

—¡Gonzalo, Gonzalo! —El grito lo hizo regresar al momento—. ¿No has estado escuchando lo que dije? Ahí tienes otro punto, tu falta de profesionalismo. En vez de seguir adelante, te lamentas. Quiero dejar bien claro que nunca existió competencia por el puesto.

Gonzalo quedó nuevamente en mutis.

—¿Sabes qué? Mejor lo dejamos así. Espero que esta lección te sirva de acicate y la aproveches para mejorar.

El Remanso de los Cipreses era el cementerio propiedad del tío de su esposa, Agustín Torreblanca. Él y la mujer de Gonzalo lo manipularon para que ayudara los fines de semana. El negocio no iba bien y necesitaba apoyo de alguien que no pidiese un sueldo. Como siempre, en él cayó la responsabilidad.

Estacionó su auto en la entrada y se dirigió a las oficinas.

El tío lo recibió efusivamente.

—¡Mi muchacho! No sabes cómo te agradezco que hayas venido. Son tiempos difíciles. Ya sabes cómo está la economía. —Comenzó a ponerse emocional—. Dejemos a un lado los sentimentalismos y pongámonos a trabajar.

Lo llevó hasta un escritorio.

—Éste es el sitio que ocupaba Dorita, que en paz descanse —dijo al borde de otro despliegue de emociones. Dorita había sido su ayudante por muchos años, hasta su muerte unos meses atrás.

—El negocio de los lotes no va bien. Ya casi nadie entierra a sus difuntos, puras cremaciones. De ese lado no nos podemos quejar, pero no es tan buen negocio. En fin, no he tenido tiempo para poner al día la parte de los terrenos. Así es que tú serás el nuevo encargado de los lotes. Yo me encargaré de lo demás.

Encendió la computadora.

—Aquí está el mapa. En cada cuadro ponemos los nombres de los ocupantes y la fecha en que murieron. Como ves, hay muchos en blanco. En este montón de recibos están los nombres, fechas y ubicación de los que no hemos traspasado al mapa. Ése va a ser tu primer encargo. Por ejemplo —dijo tomando uno de los recibos—, éste se encuentra en la sección A, que es aquí. El número de lote es el tres, que es éste —lo señaló con el cursor, y lo apretó. El fondo cambió de color a un azul claro—. Entonces escribes el nombre exactamente cómo está en el papel, y la fecha. ¡Listo para el siguiente!

Hicieron otra prueba y el tío lo dejó para continuar con sus labores.

Gonzalo pasó un tiempo ordenando los recibos por sección. Terminando eso, accedió a los de la sección A y comenzó a entrarlos en la computadora. No le gustaba la tarea. Le aburría. Estaba pensado qué excusas dar para no acudir al cementerio. Eso le dio ánimos para continuar.

El asunto del puesto le seguía molestando. Era una injusticia. ¿Por qué siempre le pasaba a él? No era una mala persona. Tal vez por eso se aprovechaban de él. Toda la vida se había encontrado con personas que no lo dejaban avanzar, como el caso de Torcuato Zamarripa o del imberbe Raúl Íñiguez.

Su tren de pensamientos fue interrumpido por la entrada del tío Agustín.

—¡Excelente! Ya terminaste con la sección A y tienes todas las demás zonas preparadas. Es hora de la comida, te has ganado el receso. Acompáñame.

Salieron de las oficinas. El tío Agustín llevaba una canasta. Caminaron casi al centro del desarrollo. Había una pequeña loma y en la parte más alta se encontraba una banca. El tío se sentó ahí, resollando un poco por el esfuerzo.

—Éste es el mejor punto de todo el lugar. Se puede observar todo el

cementerio.

Gonzalo estuvo de acuerdo. Era un gran panorama. Como no se permitían los mausoleos, el paisaje no parecía un panteón. Los cipreses ayudaban a simular las lápidas.

Agustín abrió la canasta y sacó un par de tortas. Le pasó una a Gonzalo.

—El terreno que colinda con esta banca es el diecisiete de la sección C. Lo aparté para mi familia. Desgraciadamente, cómo sabes, la tía Anastasia murió cuando el fuego la consumió. Se decidió cremar lo que quedaba, que no era mucho, solo huesos. Ya no se utilizó el lote.

Gonzalo no hizo algún comentario. Eso pondría al tío en camino de un nuevo estado emocional. Pero el tío ya no dijo más y comieron en silencio.

Regresando a su tarea, seguía dándole vueltas a lo de su trabajo. Casi no avanzó en el vaciado de los terrenos. Se trató de concentrar, pero no era fácil. ¡Ese desgraciado de Raúl Íñiguez debería de estar muerto! Se detuvo, miró el mapa, soltó una sonrisa. ¿Qué número de lote le había dicho el tío? ¿Diecisiete? Casi seguro. De la sección sí se acordaba: era la C. La buscó en la computadora. El fondo se pintó de un rojo claro. Muy ad hoc, pensó. El lote diecisiete estaba vacío.

Apuntó: Raúl Íñiguez, fecha de deceso: nueve de agosto. Ese mismo día.

Se sintió satisfecho. Siguió su trabajo en paz.

—Es hora de irse —anunció el tío más tarde.

Sin más, apagó la computadora y regresó a su casa, donde tuvo un desacuerdo con su esposa.

Se fue al bar y allí estuvo hasta altas horas de la noche.

El lunes llegó tarde a propósito. Sabía que Torcuato Zamarripa tenía una junta a esas horas. Cuando llegó a su escritorio notó cierta conmoción entre sus compañeros. Se comunicaban en voz baja.

Se volvió a su vecino.

—¿Pasa algo?

—¿No te has enterado? Murió Raúl Íñiguez.

Gonzalo quedó pasmado.

—¿Cuándo… cómo sucedió? —alcanzó a preguntar después de recuperarse.

—El sábado. Una cosa muy extraña. Un camión perdió los frenos y se fue a estrellar contra su auto.

—No es frecuente, pero no lo clasificaría como raro.

—El único muerto fue él, nadie del camión ni del auto. Venían su esposa y dos hijos. Ni siquiera hubo lesionados. ¿No viste la foto en los diarios?

Gonzalo movió la cabeza negativamente, el domingo había estado muy crudo y molesto con su esposa como para leer el periódico.

—El coche estaba destrozado, y también la parte delantera del camión.

En ese momento vieron entrar a Torcuato Zamarripa. Se veía trastornado. Se metió a su oficina y salió después de una hora para informar del lugar y hora de las exequias. No volvió a salir durante el resto del día.

Después del impacto inicial, Gonzalo pensó en el puesto que había dejado vacante Raúl. Ahora sí, Zamarripa tendría que dárselo, no había otra opción. Se levantó para hablar con su jefe, pero se volvió atrás. No era el tiempo para discutir eso. ¿Cuánto tiempo sería lo correcto para no parecer insensible? Si para el viernes no se había tomado alguna decisión, hablaría con él.

Torcuato Zamarripa miró con intensidad a Gonzalo.

—Ya tuvimos esta conversación ¿qué fue lo que no entendiste?

—Es que cambiaron las cosas. Ya no está con nosotros Íñiguez y alguien tiene que llenar el puesto.

—Te marqué tus grandes defectos.

—Estoy tratando de corregirlos. He puesto empeño esta semana.

—No creas que se me ha escapado. Pero pienso que lo has hecho para ganarte el puesto y luego volver a tirarte a la hamaca.

—No hay alguien más que pueda cubrir el lugar.

—Te equivocas. Ya he mandado llamar a alguien de otra sucursal de la compañía. En menos de una semana decidirá si acepta.

Gonzalo no supo que decir. Salió de la oficina.

El sábado llegó al cementerio. Abrió el programa con el mapa y se quedó estupefacto. Ya no se acordaba que había puesto el nombre de Raúl en el lote diecisiete. Lo borró. Se quedó pensativo. No, no era posible que con sólo apuntar el nombre ahí, la persona feneciera. ¿Y si fuera cierto? Estuvo debatiendo consigo mismo. Se rió. Lo calificó de imposible y se puso a trabajar. La molestia por lo de su trabajo se volvió a presentar. No lo dejaba concentrarse. Recordó la semana anterior, cómo lo tranquilizó escribir el nombre de Raúl. Observó la pantalla. Ya había establecido que lo sucedido con Íñiguez había sido coincidencia, nada más. Entonces no hacía daño si ponía el nombre y eso le ayudaría con su trabajo. Buscó el lote diecisiete de la sección C. En cuanto se puso rojo, anotó el nombre de Torcuato Zamarripa.

Estaba apuntando la fecha cuando entro el tío Agustín. Con rapidez volteó a verlo mientras cambiaba el programa.

—¡Buenos días, Gonzalo! Hace un bonito día, ¿no crees?

Gonzalo asintió. El tío se sentó junto a él y platicó las incidencias de la semana por unos minutos. Luego, lo invitó a que conociera el horno crematorio. Salieron de la oficina.

—¿Supieron qué causo el incendio en donde murió la tía Anastasia?

Se encontraban comiendo en la banca de la semana anterior. Y Gonzalo se sintió obligado a preguntar algo.

—Fue uno de eso casos de uno en un millón. Un cable hizo corto, a pesar de que toda la instalación se había renovado y probado la semana anterior. Habían dejado cajas de cartón por allí. Se avivaron las llamas y en unos minutos se esparcieron por toda la casa. No quedaron más que algunas paredes —vino una pausa—. Y unos cuantos huesos a medio calcinar de Anastasia.

—¿Y por qué decidió no enterrarlos aquí? Después de todo la tía ya estaba muerta y no reclamaría —comentó Gonzalo, más que nada para que el tío no tuviera una exhibición de sentimientos.

Agustín guardó silencio mientras masticaba su emparedado.

—A Anastasia nunca le gustó el sitio. Dijo que emitía malas vibraciones y me suplicó que no la enterrara ahí. Discutimos ampliamente el tema durante tiempo. Al final, llegamos a un acuerdo: el que quedara vivo actuaría como le dictara su conciencia.

—¿Y bien? A usted le gusta el lugar.

—Así es. No sé si fue que me metió su absurda idea. Cuando murió vine aquí. Me puse sobre el lote y comencé a escarbar con mis manos —pausa —. Y lo sentí.

—¿Qué cosa?

—Percibí que algo salía de ahí. Algo que me hacía sentir mal, acompañado por un olor que conozco muy bien, el de la descomposición.

—¿Había alguien enterrado ahí?

—No. Sé lo que estás pensando. Que estoy loco. Yo mismo lo pensé, mas jamás volví a sentir eso. Entonces, decidí que era mejor cremarla.

Siguieron su comida en silencio.

—¿Tú qué opinas? —preguntó de repente el tío.

Gonzalo no sabía qué contestar. De una cosa estaba seguro, no quería parecer supersticioso.

—Creo que estaba afectado por la muerte de su esposa.

Se levantó y caminó sobre el lote por unos momentos.

—Se ve y se siente normal todo —continuó—. La mente nos juega trucos cuando estamos alterados.

—Estoy de acuerdo contigo. Como ves, incluso vengo a comer aquí cuando puedo. Espero que no te quedes con la impresión de locura.

—Desde luego que no.

Pero sí le había afectado. En cuanto terminaron de comer y regresó a la oficina, se apresuró a borrar el nombre de Zamarripa del terreno.

Pero no pudo.

Trató de quitarlo. Frenéticamente. Podía poner y desaparecer nombres en cualquier otro lote. No en ese.

Vio salir al tío en su auto. Iba cabizbajo y triste, sin duda debido a la conversación que habían tenido. Él también no tardó mucho en irse. No pensaba quedarse en ese lugar solo.

Pasó un fin de semana horrible. No podía dejar de pensar en el lote diecisiete se la sección C. Ni siquiera dijo algo cuando encontró a Jaime Azueta en su casa. Amigo de su esposa desde la universidad, se seguían frecuentando.

Durante un tiempo habían sido novios, antes de que ella conociera a Gonzalo. Tenía la certeza de que Azueta seguía enamorado de ella. Continuaba soltero. Una de las fricciones más frecuentes entre ellos era Jaime, precisamente. Pero ese fin de semana tenía otras preocupaciones más importantes.

Esa noche soñó que se encontraba en la banca del panteón. Comía solo. De súbito, una mano salía del lote diecisiete C y trataba de alcanzarlo. Sabía de quién se trataba, era el traje favorito de Torcuato Zamarripa. Se levantó de un grito. Su mujer hizo lo mismo al despertar bruscamente. Después de las recriminaciones, tomó una cobija y su almohada y se fue al sofá de la sala.

No pudo pegar los ojos. Las sombras a su alrededor jugaban a formar figuras, todas ellas malignas. Gonzalo temía por su cordura. El tiempo fue pasando muy lento hasta que llegó el amanecer.

La luz cambió su perspectiva. Le había pasado lo mismo que al tío, se había dejado llevar por la historia de Agustín. Se repitió que no era posible matar a alguien poniendo su nombre en un mapa. ¡Eso era una tontería! Además, si fuera cierto, que no lo era, no podía hacer algo para evitarlo; lo hecho, hecho estaba. Pasó el día con sus hijos, tratando lo más posible de mantenerse lejos de su mujer. Cuando llegó la noche, volvieron sus temores. Pensó que pasaría despierto la velada, pero se quedó dormido pronto.

El lunes llegó temprano. Su agitación se aceleró al no ver el auto de Torcuato, que siempre llegaba temprano al iniciar la semana. Se sentó en su escritorio y esperó a que llegaran sus compañeros. Se fue calmando al ver que ninguno de ellos se veía agitado. Aunque era posible que no estuvieran enterados si algo había sucedido con el jefe. Aumentó su nerviosismo al ver que pasaban las horas y no aparecía Zamarripa. Llegó la hora de la comida. Gonzalo no tenía hambre, pero de cualquier forma salió de la oficina. Necesitaba moverse para esparcir un poco su angustia. Todo lo que hizo en ese tiempo fue caminar de un lado a otro por las calles aledañas.

Cuando estaba a punto de reentrar a la oficina, vio llegar a Torcuato Zamarripa.

Se había sentido aliviado al principio, pero no podía ocultar la sensación de que una parte de él había deseado que su jefe hubiese muerto. Se debatía entre esos sentimientos encontrados cuando Zamarripa le llamó la atención enfrente de todos sus compañeros por estar distraído. Entonces sí maldijo al lote diecisiete C por no habérselo llevado.

El martes llegó tarde, como de costumbre. Cuando pensaba en el método para escabullirse, observó que todos sus compañeros se encontraban a la entrada de las oficinas. ¿Los habían evacuado?

Se acercó a preguntar que sucedía.

—Hoy en la mañana murió el licenciado Zamarripa.

Gonzalo quedó frío.

—No sabemos bien qué pasó, pero ahí vienen los jefes y nos darán una explicación —dijo señalando a los hombres que se dirigían hacia ellos.

—El Licenciado Zamarripa feneció cuando se cayó de las escaleras de su casa —dijo el Director de la compañía—. Bajaba en la madrugada por un vaso con agua. La caída no fue tan dura, pero su cabeza golpeó el barandal en un ángulo tal que le causó la muerte. Tuvo muy mala suerte. Descanse en paz. Laboraremos medio día para que puedan pasar a presentar sus respetos. Los funerales serán…

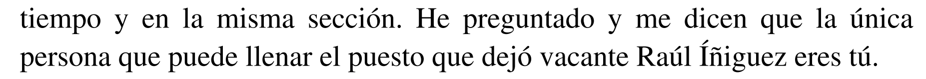
En cuanto salió de trabajar, Gonzalo se dirigió al panteón. Si se encontraba con el tío Agustín le diría que había olvidado algo el sábado. Entró a la oficina sin verlo. Se dirigió a la computadora, la encendió y miró el mapa. Señaló con el cursor la sección C. En vez de ponerse de color rojo, tomó un tono amarillo. Dirigió el ratón hacia el lote diecisiete.

Pudo borrar el nombre. Y se quedó atónito. Había observado la fecha. Marcaba el diecinueve de agosto, ese mismo día. Pero él puso el día dieciséis. Se quedó pensando qué podía haber pasado. Recordó que mientras ponía la fecha había entrado Agustín y tuvo que apresurarse a poner la fecha y apagar el aparato.

Escuchó que se acercaba el tío, se apresuró a borrar la fecha y apagar la computadora.

Al día siguiente, presentaron al nuevo jefe, Emilio López. Venía de las oficinas de otra ciudad. Después de dar su discurso y exponer sus expectativas, llamó a Gonzalo a su oficina.

—Tenemos que retomar el camino. Hemos tenido dos defunciones en poco


tiempo y en la misma sección. He preguntado y me dicen que la única persona que puede llenar el puesto que dejó vacante Raúl Íñiguez eres tú.

—Me habían dicho que traerían a alguien.

El nuevo jefe revisó unos papeles que estaban sobre su escritorio.

—No, no hay nada referente a eso. Por lo pronto estás ascendido. Ponte a trabajar.

Salió muy contento. Por fin la vida le otorgaba algo.

Cuando llegó a su casa vio estacionado el coche de Jaime Azueta. Decidió no entrar. Fue al bar.

Después de horas y copas, entabló conversación con otro cliente. Le platicó lo del amigo de su esposa.

—Creo, mi amigo, que tienes un problema grave. No existe eso de la amistad entre los hombres y las mujeres. El tipo trabaja a tu mujer. Escucha sus problemas, la aconseja. Juntos, te echan la culpa de cualquier cosa que está mal en la relación. Y pasado ese nivel, sólo queda una salida. ¿Sabes cuál es?

Gonzalo movió la cabeza negativamente.

—Pues el sexo… y puede que algo más.

—¿A qué te refieres?

—Me dices que tú sientes que está enamorado de ella. Lo más probable es que ella te abandone para irse con él. Es sólo una cuestión de tiempo. No es si te vaya a dejar o no, es cuándo lo hará.

No durmió esa noche en su casa, lo hizo en un hotel.

El sábado antes de irse al cementerio, tuvo un nuevo altercado con su mujer. Le preguntó, más que nada por tener algo que hablar, qué pensaba hacer ese día. Ella le informó que irían al zoológico con Jaime Azueta. Gonzalo tenía en mente aún los remanentes de la plática en el bar. Sintió una gran furia y la agarró contra ella. Tuvo que irse porque estaba a punto de golpearla. Nunca lo había hecho.

Ya sabía qué tenía que hacer. Esto ya se pasó de la raya, pensó. Saludó ligeramente al tío Agustín y se dirigió a la oficina. Encendió la computadora. Fue a la sección C, que está vez volvió a retornar al color rojo. Ni siquiera lo pensó, apuntó en el lote diecisiete: Jaime Azueta. Se fijó esta vez en apuntar bien la fecha: 23 de agosto. El maldito tenía que morir ya.

Salió de la oficina. No quería estar ahí. Se pasó el día siguiendo y ayudando al tío Agustín.

Con un poco de nervios regresó a su casa. La encontró en un caos. Su mujer lloraba desconsolada. No pudo evitar una sonrisa casi rectilínea, se podría decir que lo hacía verse cruel.

Se dirigió hacia ella.

—¿Qué pasó? —preguntó, aunque ya sabía lo sucedido.

—Es Jaime.

Y comenzó a aullar.

—¿Qué le pasó?

Tardó unos minutos en calmarla ya que no podía contestar.

—Nos descuidamos y Gonzalito se trepó donde no debía —dijo entre sollozos—. Cayó al espacio de los osos. Gritó y Jaime se lanzó a ayudarlo. Lo pudo poner a salvo, pero él… él…

—¿Murió?

Se dio cuenta de que había hecho la pregunta expectante.

Su mujer afirmó con la cabeza.

Gonzalo se volteó. No quería que su mujer viera la cara de satisfacción que tenía.

—Es una desgracia. Y a muy mal tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Se iba a casar la semana entrante y se iba a ir a vivir a Estados Unidos.

Gonzalo quedó helado. Sintió que su piel se ponía china. Su triunfo se sintió disminuido. La cabeza le daba vueltas mientras su mujer seguía explayándose.

—Es un héroe, salvó a Gonzalito y…

Sintió que una gota de sudor le resbalaba por la espalda, una gota fría que araba un surco en el camino.

Se disculpó y salió de la casa, diciendo que regresaría pronto. Fue al panteón y borró lo escrito en el lote diecisiete sección C.

Cuando regresó a su casa, su mujer ya había terminado su etapa de llanto, ahora se encontraba enojada. Como era de esperarse, tuvieron un gran pleito. Ella lo comparaba con Jaime, y Gonzalo resultaba ser muy inferior. Gonzalo se sintió a gusto con la decisión de haberlo aniquilado.

El miércoles lo llamó su jefe, Emilio López.

—He estado revisando los papeles de Torcuato. Dejó escrito en varios lados lo decepcionado que se encontraba de ti. Creo que me equivoqué en asignarte el puesto. Pero lo hecho, hecho está. Te voy a tener muy vigilado y si veo cualquier falla, te regreso a tu sitio anterior. Tienes una oportunidad dorada, no la desaproveches.

¿Qué demonios tenían estos tipos que se la pasaban reconviniéndolo? La vida, por lo visto, lo volvía a traicionar.

Los dos siguientes días se la pasó mascullando, aunque con un ojo muy atento a su jefe. Tuvo que trabajar de más, ya que podía haber gente que Emilio hubiese puesto para que le chismearan. Acabó los días agotado. Nada de esto hubiera pasado si el maldito de Torcuato no hubiese dejado sus notas. Y además, su esposa seguía escalando su agresividad hacia él, cantando loas sin parar a su ex amigo. Ya lo tenía harto.

Para el viernes, ya sabía la solución. No le dejaban otro camino. Él hubiera querido evitarlo. Además quería experimentar qué pasaría si en vez de poner un nombre, ponía dos en el mapa. Lo podía ver en su mente, Emilio López y Ana Torreblanca. Fecha de deceso, treinta de agosto.

Delineó su plan. El sábado temprano iría al cementerio, pondría los nombres y se excusaría con el tío. Iría a la oficina de Emilio López y quitaría cualquier comentario negativo que hubiera sobre él. ¿Y quién sabe? Hasta podrían subirlo nuevamente de puesto, al lugar de Torcuato y Emilio. Eso sí sería irónico y estaría bien. Se sintió muy contento.

Cuando arribó al cementerio se encontró con el tío Agustín que lo esperaba.

—Quiero enseñarte algo —dijo, señalando que lo siguiera a la oficina.

Se encaminaron hacia su escritorio. Gonzalo comenzó a preocuparse. ¿Qué tal si hubiera encontrado lo del mapa? Su tensión aumentó en el momento

en que el tío se dirigió a la computadora.

Ya estaba encendida.

Gonzalo buscó rabiosamente en su mente el recuerdo de si había borrado o no el nombre de la última víctima. Se le hizo un nudo en el estómago en el momento en que el tío señaló la pantalla. Tenía puesto el programa con el mapeo. Y el color predominante era el rojo. Había algo escrito en el lote diecisiete sección C.

—Como no te puedo pagar, pensé en retribuirte de otra forma. Y viendo que no te afecta, decidí regalarte mi lote.

Con horror indescriptible, Gonzalo miró su nombre en el cuadro del terreno. Los pelos de los brazos se erizaron al fijarse en la fecha: 30 de agosto.

Ese mismo día.

Sintió un dolor agudo en el pecho.

—¡Felicidades! Ahora ya formas parte de El Remanso de los Cipreses.

Dice el autor: Me llamo Ramón Antonio Suárez Moreno. Nací en la Ciudad de México el 12 de diciembre de 1952. A pesar de ser un ávido lector, comencé a escribir hace relativamente poco. He colaborado en un grupo llamado *La Mesa Literaria*, con los que cooperé en cinco libros: *Animalario*, *Podría ser de otra manera*, *Fragmentos de la Historia*, *34 cuentos de humor* y *Son puros cuentos*. He colaborado con historias en La Gangsterera y en la Revista NM. Tengo en venta en Amazon dos libros: *Historietas de Crimen y Terror* y *El Secreto de la Monja*. Pronto saldrá a la venta *La culpa y el Claustro*.

Con este cuento debuta en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con NUESTRA TUMBA, de Gustavo Fernández Riva y LA PATA DE MONO, de William W. Jacobs.

One hundred percent

Ricardo Giraldez

 **ARGENTINA**

We are making use of only a small part
of our possible mental and physical resources.

William James, *The Energies of Men*



Ilustración: Valeria Uccelli

Muchos sabios (y algunos de muy alto renombre) han arriesgado que los seres humanos utilizamos tan sólo el diez por ciento de la totalidad de nuestro cerebro. Claro que, siguiendo su razonamiento, tendríamos que convenir también que tales sabios se han valido sólo de ese diez por ciento de masa cerebral disponible para arribar a su hipótesis, motivo de sobra para no estimarla como definitiva.

Por otra parte, y de asumir como viable su propuesta, esto es, mostrándonos muy soñadores, muy generosos o muy ridículos (según como se lo quiera ver), quién sabe si lo más inteligente no sea dejar sin uso esa porción de cerebro vacante. Quiero decir, que de existir un noventa por ciento de campo cerebral inculto, nadie puede asegurarnos que al trabajarlo estuviésemos ganando en lucidez y no en necedad. Pues es plausible que

nada bueno nos aguarde allí, y sí mucho de temer; puede que al perturbar esas regiones invioladas con nuestros imprudentes sondeos sacudamos potencias que más valdría permaneciesen por siempre adormidas. Sí, quién sabe… Acaso ya habríamos destruido el mundo hace muchísimo tiempo valiéndonos de esas reservas mentales. Y no sólo éste, sino los otros muchos mundos que con terror contemplan nuestras evoluciones desde el espacio. Claro que puestos a conjeturar es dable estimar también lo inverso. Cabe evaluar, en efecto, la posibilidad de que en tal caso habríamos ganado mucho en juicio, sabiduría, templanza; lo suficiente como para contener, o incluso superar, esa acéfala ambición que nos tiene corriendo de un lado a otro en busca de fútiles ganancias, y que acaso (mostrándonos siempre muy optimistas) viviríamos hoy en mejor acuerdo con el entorno natural, es decir, en perfecta fluencia con los elementos. Sí, quizás de haberse servido de ese noventa por ciento ignoto, el hombre no habría sido nunca expulsado del paraíso prístino y sus horas hoy no serían mensurables. Conjeturas, por supuesto, delirios quizás, pero en los que se puede perder la imaginación largamente y acaso sin remedio.

Sea como fuere, lo cierto es que tal sugestión ha calado hondo en las imaginaciones modernas, y que desde un siglo a esta parte muchas fantasías y no pocos debates se han suscitado al respecto. Debates por demás infructuosos, a decir verdad. Ya que, bien visto, es un absurdo pretender que el cerebro pueda ser objeto de nuestro análisis; no cabe decir, por ejemplo, que éste sea una de las zonas menos conocidas por la ciencia humana; más bien es el propio cerebro el que, siguiendo la sentencia del oráculo de Delfos, pretende conocerse a sí mismo tratando de medir el alcance de su potencial. Lo cual es de suyo imposible. Una inteligencia que pudiera hacerse objeto de su propio escrutinio, no ya parcialmente sino en su totalidad, sólo por ello estaría dejando de ser esa misma inteligencia, se estaría situando más allá y por encima de sí propia, estaría superándose, y, entonces, el escrutinio tendría que recomenzar una vez más, y así sucesivamente hasta el infinito o, lo que es más probable, hasta el agotamiento o el mortal fastidio.

Claro que hasta aquí nos hemos valido de la lógica; una facultad con la cual la vida (y los hechos de la vida lo demuestran) no parece llevarse del todo bien, por no decir *para nada* bien. Sí, muchas veces los hechos de la vida nos hacen crédulos a la fuerza, a expensas de nuestros deseos y contra toda razón.

Yo he sido testigo fáctico de un caso muy ilustrativo a este respecto. Hace dos años viví, sí, un episodio de lo más curioso y lo bastante inaudito como para escandalizar hasta al más escéptico de los mortales. Quizás alguno de mis lectores recuerde al hombre cuyos prodigios sin nombre ilustran la anécdota que me propongo narrar. Me refiero a ese sueco venido por entonces a estas tierras entre bombos y platillos, el mismo que supo acaparar la atención mundial durante un buen lapso (lo cual es hoy mucho decir) y que, como ya adelantara, recaló en nuestro país a resultas de un largo itinerario de conferencias que lo tuvieron saltando de un lado al otro del orbe. Se lo apodaba *One Hundred Percent*, y esto por razones obvias: él fue reconocido como el primer hombre en mostrarse capaz de utilizar la totalidad de la masa cerebral, es decir, el primero en espabilar ese noventa por ciento ocioso en los demás seres de su especie… o quizás tener otra estructura neural.

Se trataba de un hombre prodigio, a decir verdad, y sobre esto no caben dudas; un fenómeno que ya desde su más tierna infancia había roto con todos los parámetros intelectuales, y no sólo los ordinarios sino los *extra*ordinarios. Pues preciso es puntualizar que estaba dotado de un coeficiente intelectual de 1000. Es decir, algo sin precedentes. Fue a instancias de la firma para la cual trabajo en calidad de reportero que tomé contacto con él. El Director General del periódico había gestionado la exclusiva con los representantes del afamado prodigio, y yo, como buen asalariado que soy (y fiel siervo de mi estómago), debía permanecer al lado de O.H.P (tal y como llamaremos en adelante al fenómeno) durante las pocas horas que permanecería éste en la ciudad. ¿El objetivo? Tomar nota de cada detalle de su visita relámpago, es decir, acompañarlo en todo momento y estar alerta a cuanto aconteciera, y, lo más importante, acribillar al hombre con toda suerte de preguntas incisivas. Lucha despareja si se toma en cuenta que el hombre contaba con un noventa por ciento de cerebro a su favor.

Tanto fue el celo puesto en este asunto por la firma para la cual trabajo (es decir, tanto apremio había por sacarle hasta la última gota de jugo al dinero invertido), que tuve que ir a recibir a O.H.P. hasta el mismísimo aeropuerto.

El avión llegó con retraso; un vuelo sin escalas proveniente de Estocolmo y que aguardé con impaciencia durante más de una hora. Por fin, precedido de su enorme fama y seguido del sensual andar de una bellísima sueca (que más tarde él me presentaría como su secretaria), apareció el hombre. Lo reconocí de inmediato, ya que lo tenía visto por fotografías. Alto y erguido sobre sus largas piernas, con tranco marcial y gesto inabordable, caminaba entre los otros muchos pasajeros recién desembarcados a los que no

prestaba la menor atención. Llevaba el cabello, muy rubio, soldadescamente rasurado, y su mirada ceñuda asomaba extraña tras unos lentes de un fino marco azul.

En cuanto a su secretaria, se trataba de una lindura que no desmerecía en nada los atributos por los cuales son célebres las mujeres de aquellas lejanas y frías tierras. Era en verdad la más bella figura que pudiera ser modelada sobre un bloque de hielo.

El fenómeno encaró en derechura hacia mí, casi como un autómata que actuara por encargo, y antes de que pudiera yo alcanzar a presentarme:

—No me diga nada —me cortó con sequedad—. Usted es el reportero que han enviado para la entrevista.

Estaba alardeando, por supuesto, ya que yo llevaba colgado al cuello un cartelón indicando esto mismo. No obstante, la fluidez de su castellano, libre de todo acento extranjero, me impresionó. Le transmití mi admiración por este mismo hecho, y el fenómeno, cortante como una navaja:

—Hablo tantos idiomas como existen en el orbe —respondió—, y otros tantos caídos ya en desuso. Hablo lenguas vivas, lenguas muertas, lenguas agonizantes y lenguas nonatas, cuanto estas últimas son mera invención mía. Pasatiempos que uno tiene para pasar el rato entre tanto personaje tosco y fastidioso.

Me quedé mirándolo perplejo, y algo cohibido, no he de negarlo. Era evidente que en ese noventa por ciento inexplorado del cerebro humano, en el suelo de esa *terra incognita* de la cual él se congratulaba en ser colonizador, la semilla de la humildad no prosperaba.

Me estrechó la mano desdeñosamente, me presentó a su bellísima secretaria con idéntica flema y, momentos después (siempre siguiendo el paso marcial del sueco), rumbeábamos hacia al vehículo de alquiler que la Editorial había puesto a nuestra disposición.

Ya en el coche, bien acomodados los tres en el amplio asiento trasero, a punto de ganar la autopista y con el aeropuerto a nuestras espaldas, no pude evitar mirar de reojo a la sueca que se hallaba sentada al otro extremo del asiento, y de la cual sólo me separaba O.H.P. La joven no hablaba castellano; ni siquiera podría asegurar que hablase sueco, ya que en lo que duró su estadía en el país, a excepción de algunas risitas contenidas y de algún que otro suspiro, no le oí soltar palabra. No obstante, era en verdad lo más bello que yo hubiese visto alguna vez. Lo más bello y acaso lo más deseable. En un momento dado, nuestros ojos se encontraron por sobre la silueta del fenómeno y ella me obsequió entonces con una hermosa sonrisa traída desde su gélido país, y que de seguro estaba hecha para quebrar y

derretir témpanos. ¡Qué no habría dado en ese instante por beber de sus turgentes labios todos los icebergs que llevaba probablemente derretidos!

—Ni lo piense —objetó O.H.P., volviéndose en ese preciso momento hacia mí.

Sorprendido, apenas alcancé musitar:

—No le entiendo. ¿A qué se refiere?

—Ni piense que usted se irá a la cama con mi secretaria.

Quedé estupefacto, pues esta vez sí que me había tomado desprevenido, y hasta podría decir *in fraganti*. El hombre continuaba alardeando, es cierto, pues, ¿quién no habría alimentado ese mismo deseo de cara a criatura tan seductora? Y además, aunque no llevara ningún cartel al cuello revelando esto mismo, de seguro tenía el deseo impreso en mi mirada. Todo lo cual no quita que desde ese momento comenzara a experimentar cierta incomodidad ante el fenómeno, como si me sintiera vulnerado en la intimidad de mis pensamientos.

El vehículo siguió su curso, y pese a mis recelos, yo tenía que escribir un artículo y disponía sólo de unas horas con el prodigio para recabar material, precisamente lo que demorase el chofer en llevarnos hasta el edificio donde O.H.P. debía dar su conferencia, y el tiempo que emplease en devolvernos al aeropuerto. Así que, sin más dilaciones, me puse muy presto a lo mío, y para ello comencé a indagar al hombre sobre sus días de infancia, dado que lo mejor es comenzar siempre por el principio. No desconocía los hechos más relevantes en el pasado de mi entrevistado, ya que estos eran de público conocimiento; pero oírlos de sus propios labios era otra cosa y de seguro añadiría cierta frescura a mi artículo; por otra parte, para eso mismo me estaban pagando.

Sin embargo, por muy inquisitivo que fuera mi cuestionario, el fenómeno no se apartaba un ápice de su laconismo glacial. Se dirigía a mí como lo haría una criatura superior venida de otra galaxia a la que no queda más remedio que contemporizar con los toscos terrícolas. Se advertía en su gesto, sí, que estimaba en poco la hondura de mis preguntas y que daba por un hecho mi incapacidad para comprender algo de lo que él respondía. Y si debo ser sincero, no le faltaba razón. Pues, ¿cómo entender a un hombre de quien se dice construyó de bebé su propia cuna, con sus propias manos y con materiales sintéticos de su propia invención; que con sólo dos años de edad leía y analizaba los últimos balances en la Bolsa de Comercio; que con apenas tres hablaba ya nueve idiomas; que a los cuatro inventó un algoritmo matemático para calcular el día exacto en que había acaecido cualquier hecho relevante en la historia de la humanidad; que a los doce se

había recibido de médico; de ingeniero a los quince y de físico a los dieciséis; que, en suma, durante una noche de insomnio, y sólo como método de relajación, había leído toda la obra de Heidegger en lengua alemana, idioma que hasta entonces no conocía ni mínimamente y que aprendió para la ocasión en cuestión de minutos? Tenía entonces sólo veinte años. Veinte años nomás, y acababa de sumar una nueva lengua a los cuarenta y cinco idiomas que ya tenía en su haber.

Imposible tratar con alguien semejante sin sentirse poco menos que un microbio, y por ello no podía culparlo de que me tomase por tal. Aunque bien es cierto que le habría agradecido lo disimulase un tanto.

Fue cuando ya entrábamos en la ciudad, luego de someter al fenómeno a toda una batería de preguntas que este respondía con suma simplicidad, como si ello no le costara el menor esfuerzo (y a veces incluso antes de que yo mismo se las formulase), que el entrevistado interrumpió la conversación para hacerle un aviso al chofer:

—En la próxima calle vire hacia la izquierda y nos ahorraremos más de media hora de embotellamiento.

¿Estaba alardeando de nuevo? El conductor lo miró por el espejo retrovisor de muy mala manera; a través del pequeño rectángulo vidriado, en efecto, pudimos ver unos ojos que parecían arrojar llamas sobre el sueco. No obstante, hizo lo que éste aconsejaba, y al rato corroboraríamos por la radio lo atinado de la sugerencia, ya que de seguir el recorrido estipulado habríamos llegado con suma tardanza al salón de conferencias. Mi primer reflejo ante la inesperada intervención fue preguntarle:

—¿De modo que ha estado usted ya en el país?

—En absoluto —se limitó a responder secamente, cual era su costumbre.

—Entonces…

Pero no me atreví a continuar. Pues temí que indagarlo sobre el asunto me llevara a terrenos inabordables, toda vez que soy uno de los tantos infelices que sólo se valen de una parte de su cerebro para razonar. Al fin y al cabo, ya tenía suficiente con el hecho de que el hombre pudiese leerme los pensamientos como para ocuparme de algo que se me figuraba todavía más enorme de asumir. Ahora bien, ¿realmente era capaz de leer los pensamientos según presumía? Decidí abordarlo de plano sobre este punto y dejar a un lado las preguntas que venía haciéndole en relación a su vida.

No obstante, antes de que llegara siquiera a abrir la boca…

—Exacto —declaró categórico.

Lo miré perplejo, y algo ruborizado:

—¿Quiere decir que efectivamente usted…?

Pero de nuevo no pude concluir:

—Eso mismo —anticipó.

En verdad, el fenómeno ya me estaba fastidiando con esa costumbre suya de pensar por los dos. ¿De qué se tratará, realmente? ¿Telepatía, acaso?, indagué para mí mismo como quien entiende de lo que está tratando.

—Puede llamarlo de esa manera si prefiere —volvió a subscribir.

Su soberbia era en verdad colosal. Sin embargo, la capacidad demostrada para adelantarse a mis razonamientos era indudable. Claro que esto no probaba nada; al fin y a la postre sus sugerencias no podían llevar a otras conclusiones que las mías, y de seguro estaba acostumbrado a propiciar, con tal actitud, la misma reacción en todos sus oyentes. Para colmo, la sueca, tras la última intervención del fenómeno, esbozó un sonrisita que no sé por qué temí fuera motivada por la perplejidad que evidenciaba en mi rostro.

Me tragué el orgullo y probé seguirle el juego al fenómeno, curioso por averiguar hasta qué extremos de asombro, o de ridículo, podía conducirme:

—O sea que es cierto que usted puede leer los pensamientos de otras personas.

Respiré aliviado: por fin había logrado expresar un concepto sin ser interrumpido.

Pero él:

—Lamentablemente, sí —refrendó.

—¿Lamentablemente?

—Bueno, al menos la generalidad de las veces… Todo depende del individuo que tenga ante mí, de su coeficiente intelectual. En este caso, por ejemplo, sí debo decir que… lamentablemente.

¡El muy cretino! Ni una pizca de indulgencia tenía para con mi persona. Estaba claro que en ese noventa por ciento de cerebro sin poblar, la delicadeza tampoco abundaba. Él no la tenía ni en un grado mínimo. En cuanto a su secretaria, de inmediato volvió a reírse por lo bajo, y ya no tuve dudas de que se estaba divirtiendo a mi costa.

¡Al demonio con estos suecos!, vociferé para mí mismo iracundo, deseoso ya de hacer detener el auto y dar por terminada la entrevista. No obstante, recapacité. No estaba allí para indignarme con el fenómeno, con su secretaria ni con sus coterráneos; sino para recabar información, tanta como pudiera. Tenía que escribir un artículo; mi sueldo dependía de ello. Así es

que, tragándome de nuevo el orgullo, o las migajas que de él quedaban, continué, con paciencia infinita:

—¿Debo asumir entonces que usted puede saber lo que yo estoy pensando en este preciso momento, por ejemplo?

Me miró con un gesto piadoso, y se contuvo. Algún rastro de conmiseración le quedaba después de todo. Sin embargo, poco le duró la indulgencia:

—¿Además de querer acostarse con mi secretaria? —soltó bromista.

—¡Sí! —repuse yo contrariado—. Además de eso.

—Usted… sólo piensa en dinero…

¡Bah!, me mofé para mis adentros. El hombre sigue alardeando. Quién en nuestros días no piensa en esto mismo la mayor parte del tiempo, y sólo digo la mayor parte del tiempo porque además de *pensar* hay también que *soñar* con el dinero. Pero no repliqué; antes bien me di por satisfecho. En realidad, aun cuando su respuesta bastara para probar la pretendida facultad telepática de la cual venía jactándose, no era suficiente, sin embargo, para echar luz sobre el hecho de que él hubiera podido evitarnos el congestionamiento de tránsito, tal y como acababa de hacerlo. Ninguno de los del coche sabíamos nada del posible atasco, y no nos enteramos hasta que dieron la información por la radio, así que nuestras mentes no habían podido servirle de pronóstico. Le manifesté esta misma inquietud, sin poder evitar una cierta jactancia en mi tono, ya que me consideré muy agudo al haber razonado esto mismo. ¡Y ello sólo valiéndome de un diez por ciento de cerebro! Pero el fenómeno, tan fresco como siempre, mirándome a través de sus lentes de marco azulado, con flema y altivez, respondió que podía ver en el mañana como si se tratase de un hecho ya transcurrido.

¡Y hablaba en serio!

—¿Pretende que crea que es un…?

—Yo no pretendo nada —me cortó—. Usted interroga; yo contesto.

—Entonces, ¿debo entender que en verdad puede usted predecir sucesos futuros?

—Acabo de afirmarlo.

Vaya, me dije consternado. No sabía ya si se burlaba de mí o si debía estimarlo un loco perdido; pero, aun desconfiando de su palabra, no pude evitar que mi cabeza cediera al instante a toda clase de fantasías… Pues, ¡cuántas cosas podrían hacerse en este mundo valiéndose de un don semejante! Como por ejemplo…, como por ejemplo…

—Ni lo piense —soltó el fenómeno entonces, interrumpiendo por centésima vez mis pensamientos. ¡Justo cuando en tan buenos augurios se hallaban estos entretenidos!

—¿Qué cosa? —le inquirí visiblemente fastidiado.

—Ni piense que le diré el número que saldrá sorteado en la lotería…

Me ruboricé, no lo niego, pues de nuevo acababa de dar en el blanco. Mas, ¿qué probaba ello excepto que yo soy tan predecible como cualquier ejemplar de mi especie o de mi siglo?

Pero en eso el vehículo se detuvo. Habíamos arribado por fin a nuestro destino: la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Una gran muchedumbre se hallaba apiñada a las puertas del edificio cuando descendimos del automóvil. Era mucho el jaleo en verdad, y por ello, al objeto de que pudiéramos llegar sanos y salvos hasta el Aula Magna, los efectivos de seguridad tuvieron que hacerse fuertes y contener la apretada masa de curiosos. De cierto que el arribo de nuestro hombre había despertado gran expectativa entre la población. Todos querían escuchar lo que el fenómeno tuviera que decir y la puja por ganarse un lugar entre los espectadores era enconada.

Una vez adentro, con el vocerío de las muchedumbres ya a nuestras espaldas, O.H.P. se perdió entre bastidores, guiado por los organizadores del espectáculo, mientras su secretaria y yo éramos conducidos a nuestras respectivas butacas, ubicadas en primera fila. Nada diré en relación al discurso con que O.H.P. supo cautivar durante dos largas horas al auditorio, ni de los temas sobre los cuales versó, pues debo confesar que me quedé profundamente dormido apenas tomó él la palabra. No puede culpárseme. Ya había tenido demasiado de la palabra, la presciencia y la soberbia de ese engreído. No obstante, sí puedo dar fe de que la disertación fue muy celebrada; de hecho, puedo avalar esto con suma certidumbre ya que los vigorosos y reiterados aplausos, con que aclamaba el público al fenómeno, interrumpieron más de una vez mis dulces sueños. Y siempre que abría los ojos, allí estaba ella, la hermosa sueca, respirando a mi lado, embalsamando la atmósfera con su perfume y su aliento enloquecedor, hechos para derretir montañas de hielo. Tan inmutable y rígida como la fría estatua que parecía ser y que nadie hubiera creído que alguna ternura pudiera vivificar.

Y sin embargo… Un par de miradas, unos cuantos aleteos de esas sus rúbeas pestañas, un extraño fruncimiento de su bien formada nariz y un apasionante jugueteo de sus suculentos labios, me alentaron a arriesgar, en determinado momento, la propuesta… ¿Y quién lo hubiera sospechado? La sueca no era tan fría como aparentaba; el hermoso iceberg no estaba hecho

sólo de hielo. Uno de los compartimentos individuales del baño de damas, hacia donde ambos nos fuimos con mucho sigilo, escurriéndonos entre las muchas butacas, fue testigo de esto mismo. Todo ello mientras en el auditorio se continuaba aclamando la perorata de O.H.P.

Al fin, pasadas dos largas horas, cual llevo dicho, la conferencia concluyó, y, para ese entonces, tanto la secretaria del fenómeno como yo estábamos de nuevo en nuestras respectivas butacas, sumados a los efusivos aplausos con que era festejado y despedido aquel talento sin par.

Durante el viaje de regreso al aeropuerto casi no nos dijimos palabra. Creo que por primera vez, desde su llegada, pude advertir manifiestos signos de cansancio mental en mi entrevistado. Nunca como entonces me pareció tan humano el fenómeno. Por mi parte, ya tenía suficiente información para llenar mi columna en el periódico, dejar contento a mis jefes y justificar mi sueldo. Y además, debo reconocer que en esos momentos todas mis atenciones eran para la sueca, la bellísima sueca que, no obstante, y para mi desencanto, lejos estaba ya de sus recientes familiaridades y acaloramientos; antes bien se mostraba tan fría respecto a mí como a todo cuanto la rodeaba.

Una vez en el aeropuerto, algo recuperado de su pesado cansancio, el fenómeno se permitió de nuevo alardear de sus dotes mentales haciendo variedad de vaticinios, como, por ejemplo, que el avión llegaría en perfecto horario, que el vuelo sería tranquilo, que en determinado momento una de las azafatas derramaría café sobre un hombre calvo sentado en la tercera fila de asientos, y muchos otros comentarios, o profecías, del mismo tenor. Poco le faltó para describir la variedad y tonalidades de las nubes que avistaría desde la ventanilla de la aeronave.

Todo lo escuché con paciencia infinita hasta que, por fin, llegó el momento de la despedida. No me sorprendió que el vuelo fuera anunciado a horario, tal y como había predicho el fenómeno (y ello pese a que, si se lo mira bien, tal acierto no supone en nuestros tiempos un logro menor). O.H.P. me miró entonces con un gesto de tal suficiencia, e insufrible arrogancia, que a punto estuve de sublevarme. De hecho, poco me faltó, en ese preciso instante, para revelarle mi aventurilla con su secretaria, algo sobre lo cual, por cierto, él había errado el vaticinio. No obstante, me contuve. Un poco porque aún me queda algún resto imbécil de aquello que antaño fuera conocido como caballerosidad y andar alardeando a expensas de una dama no es propio de ningún caballero. Otro poco porque justo en ese momento la sueca me guiñó un ojo de manera cómplice, como si hubiera adivinado lo que tramaba y disfrutara por anticipado de la broma. Pues apenas constatar esto razoné: ¿acaso la muy bribona se ha rendido a mí tan sólo para gastarle una

trastada al muy pedante de su jefe?. Era muy probable, y quien tuviera que lidiar a diario con tanta jactancia no podría por menos de entenderla. Como sea, no dije nada, y estaba claro que la sueca tampoco hablaría, ya que ni entonces ni nunca le oí soltar una sola palabra, ni en relación a este asunto ni a ningún otro. Aunque atesoro, es cierto, como regalo de sus maravillosas cuerdas vocales, un grandioso concierto de ardorosos suspiros.

Finalmente O.H.P. y yo nos despedimos en los mismos términos con que nos habíamos presentado, es decir, con suma frialdad. Todavía, antes de embarcar, se permitió conmigo algunos de sus clásicos lo sé, lo sé, ni lo piense o eso mismo que no supe interpretar entonces a qué venían, ya que, desde *mi momento* con la sueca, el diez por ciento de mi cerebro útil había quedado en blanco.

Así concluyó nuestra aventura, y debo decir que no volví a saber ni del uno ni de la otra, como no fuere a través de artículos periodísticos. Yo no sabría medir cuánto puede haber de cierto o de falso en las pretendidas dotes del hombre que ilustró esta anécdota. Puede que O.H.P., ese fenómeno cuya arrogancia tuve que sufrir en aquella oportunidad, y durante horas interminables, no alardeara en balde. Dotes singulares tenía sin lugar a dudas. Cabe estimar la posibilidad, incluso, de que de existir realmente un noventa por ciento de cerebro ocioso en la mayoría de las personas (por no decir en el noventa y nueve por ciento de las personas), nuestro hombre se las hubiese ingeniado para cultivarlo y dar muestras de sus frutos en mi presencia. ¿Por qué no? Entrando en el terreno de la conjetura, como ya aventuráramos en un principio, todo es posible. Sólo que, en tal caso, una observación se impone a este narrador (y que quede claro que este narrador, por si alguna duda resta, no cuenta más que con un diez por ciento de cerebro a su disposición para elaborar sus observaciones), a saber: que de ser verdad que hay una *terra incognita* en nuestra mente, una heredad virgen, quizás debamos estimarnos afortunados, muy afortunados, sí, de que nos esté vedado el acceso a ella.

Ricardo Giraldez nació en 1970 en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Sus relatos han sido seleccionados para integrar diversas antologías en Argentina, España, Italia y Estados Unidos. Tiene varios cuentos premiados, una novela publicada por la editorial española E-ditarx, y ha colaborado con diferentes revistas literarias como Axxón, Cosmocápsula, Valinor, Baquiana.

Ya ha publicado en Axxón sus cuentos LA MÁQUINA INÚTIL y SERAFINA.

Este cuento se vincula temáticamente con EL MONSTRUO, de M. C. Carper y HORIZONTE REFLEJO, de Laura Nuñez.

¡Ta-tá, Miseñor!

Juan Manuel Valitutti

 **ARGENTINA**

Después retiraré mi mano y tú verás mis espaldas.
Pero nadie puede ver mi rostro.

Éxodo 33:23



Ilustración: Lea Lou

—¡La manchita!

La mole miró las rodillas que lo interpelaban.

—¡La manchita! —insistieron las rodillas—. ¿No la ves?

La mole osó levantar la cerviz, atisbar por encima de las articulaciones de su interlocutor: descubrir la cintura y el torso apoyados contra el respaldo del sillón.

—¿Qué demonios crees que haces? —señaló una mano que acudió presta en ayuda de las rodillas—. ¿No me has oído? —acotó un perentorio dedo índice—: ¡La manchita, dije!

La mole bajó la vista y la clavó en la suciedad señalada, justo en medio del

zapato. Pasó un trapo hasta que el charol quedó reluciente.

—¡Así está mejor! —se tranquilizaron los pies—. ¿Quién es el amo?

La mole miró los pies. Zapatos lustrosos es el amo, pensó. Entonces pasó el trapo por el zapato de la derecha.

El zapato en cuestión se escabulló, sorprendido y asqueado; el de la izquierda, por su parte, comenzó a propinar golpecitos en el suelo.

—¿Quién es el amo? —demandó el inquieto apéndice.

La mole miró nuevamente las rodillas. La boca atrofiada hizo un esfuerzo magnánimo:

—Udted, Miseñor —dijo.

—¡Mon-se-ñor! —subrayó una boca que el postrado nunca vio—. No lo olvides, ¿está bien?

—¡Tá-bien! —asintió la mole, y plegó el trapo.

Las manos del hombre del sillón —Dedos fuertes, uñas brillantes, pensó la mole— repasaron las páginas de un devocionario con *marginalias*.

—Deberías agradecerme, ¿sabes? ¡Haberte separado de esos monstruos que son tus amigos, haberte educado, haberte…!

Pero la boca del emisor no concluyó la frase. ¡Un horror profundo la enmudeció!

La mole alzo la vista: las grandes manos de su señor parecían emplastos vivientes sobre el rostro velado.

Miró entonces por sobre el hombro.

Eran ellos, por supuesto, apostados del otro lado de la puerta vidriera: algunos rasguñaban los vidrios; otros remontaban el enrejado de seguridad y encastraban los rostros purulentos por entre los barrotes; también estaban los que se quedaban quietos, babeados, las cabezas ladeadas, mirando con sus ojos sin vida, anhelando lánguidamente el cálido mundo interior de la criatura humana.

Como un rayo la mole se abalanzó sobre el tablero de control —un dispositivo del tamaño de un pisapapeles con un botón rojo justo en el medio—, recordando las instrucciones de su amo: Cuando tus amigos traten de ingresar a mis dominios, tú tomas este aparato y aprietas este botón, ¿de acuerdo?.

La mole presionó el interruptor de destellos escarlatas. Un haz de luz envolvió los cuerpos descarnados y de expresiones inermes, y una corriente voltaica recorrió con su horrísono aullido los muros altos y pétreos del viejo

monasterio.

Los pálidos intrusos se retorcieron, las bocas negras y desdentadas se abrieron vacías de sonido; los dedos doblados sobre las rejas se zafaron, dejando caer los cuerpos abrazados por el dolor. Un infecto olor a carne quemada invadió el viento frío, y ya nadie quedó del otro lado del umbral.

La mole saboreó su triunfo.

Encaró a su amo:

—¡Ta-tá, Miseñor! —dijo.

Sintió que un peso arrollador —un peso de cinco dedos fuertes terminados en cinco hermosas uñas— se abatía con la fuerza de un alud sobre su rostro demudado.

—¡Qué descuido! —rugió la boca—. ¡Descerebrado!

La mole se arrodilló ante su señor, bajó la vista y la clavó en los zapatos. De su nariz brotó una gota de un rojo casi negro.

La mole observó la nueva manchita en el zapato. Adelantó el trapo.

—¡La manchita, la manchita! —lloriqueaba el dueño del zapato, al tiempo que se arrellanaba en su sillón—. ¡Vete! ¡Déjame solo! ¡Vuelve mañana, a la hora de siempre, con mi desayuno!

—¡Ta-tá, Miseñor!

—¡Mon-se-ñor! —retrucó el hombre—. ¡Fuera!

La mole tomó sus bártulos de lustrabotas, se puso de pie e inició la retirada.

—¡Y cierra la puerta! ¡Debo concentrarme en mis estudios, si quiero hallar la cura!

La mole se detuvo en el umbral y se volvió. Atisbó el respaldo del sillón. ¿Cuándo fue que vio por última vez el rostro de su señor? Ya no lo recordaba… Ahora sólo veía su espalda.

Cerró la puerta.

***

Volvió a la mañana siguiente. Cuando llamó a la puerta —¡Sólo dos golpecitos muy suaves, para no perturbarme!—, ésta se abrió y el habitante del cuarto salió intempestivo a su encuentro; tan rápido lo hizo que la mole apenas tuvo tiempo de arrodillarse —¡Siempre de rodillas ante mí! —. Monseñor respiraba pesadamente, se tambaleaba y se mantenía apoyado en

el marco de la puerta; abrió sus anchas manos y las apoyó, blandamente, sobre la cabeza del postrado.

Habló con un rictus de dolor en la boca:

—No puedo —dijo—. Pensé que podía salvarlos, pero no puedo. Toda la noche sobre una pista falsa, ¿sabes? Pensé que la solución aguardaba en el misterioso cáliz de tu sangre. —Las manos presionaron un poco más la calva cabeza—. Pensé, ¡oh!, yo pensé que…

La mole no dijo nada. Una vez vio la estampa de un santo que Monseñor le enseñó. Cuando preguntó qué era lo que estaba haciendo, la respuesta fue: Impone las manos. Reparó en el detalle de las manos: parecían sobrevolar la cabeza del penitente, como alguna clase de criatura alada. Se apartó de sus recuerdos y quiso hablarle a Monseñor; pero el hombre comenzó a llorar, así que se limitó a oír el lamento, mientras advertía la caída de una nueva manchita: una manchita húmeda y cristalina sobre el zapato de la derecha. Retiró su trapo, y repasó el charol.

Monseñor sollozaba:

—Mis oraciones son vanas. Dios escucha, criatura, pero sus tiempos no son los nuestros.

La mole dejó de pasar el trapo; miraba el charol; miraba su rostro sobre el reflejo del charol. Quería a Monseñor, pero, ¿cómo decírselo? Hacía rato que su espíritu se había agriado; el tiempo lo había encorvado bajo un peso de reveses y perplejidades, producto de sus frustrados ensayos de laboratorio y sus plegarias ineficaces.

—Tú eras diferente, criatura —continuó Monseñor—. Desde el principio, eras diferente. Cuando la peste diezmaba a la humanidad, y el Hijo del Hombre comenzaba a perderse en la Muerte Lívida, avanzando por las calles con ojos sin vida, anhelantes de la sangre de sus hermanos, ¡tú fuiste como una luz de esperanza para este pobre siervo!

La mole alzó la vista y miró las rodillas; las manos, apoyadas sobre la calva cabeza, descansaban con una caricia latente.

Monseñor dijo:

—Pensé que moriría cuando en una de mis excursiones diurnas me topé contigo a la vuelta de una esquina. Me dije: ¡Es uno de ellos! ¡Uno de ellos que puede salir a la luz del sol!. Maldije mi suerte, y ya me preparaba a entregar el alma, cuando hiciste algo que me descolocó; hurgabas el interior de un contenedor de desperdicios, ¿lo recuerdas?, y de pronto alzaste el cuerpecillo estrujado de una rata: la sujetabas por el rabo, y me la presentase. ¡Y entonces me sonreíste! ¡Tú, un demonio, me sonreías desde

tu pobre dentadura!

Monseñor bajó la vista, aunque la mole nunca lo supo, y prosiguió:

—Yo te eché un lazo al cuello… (¡Oh, perdóname, criatura!). Tú te dejaste llevar, con la docilidad de un niño. Te enseñé a escribir… Te *recordé* cómo escribir tu nombre. —Monseñor frunció el ceño—. Nunca te llamé por tu nombre, ¿verdad, criatura?

La mole miraba las rodillas. Balbució:

—No impodta, Miseñor.

El religioso levantó la vista. Las manos se despegaron de la cabeza, alzando vuelo como palomas espantadas. Su voz se endureció:

—¡Mon-se-ñor! —bramó. Se volvió, entró al cuarto y cerró la puerta.

La mole tomó la bandeja con el desayuno y se levantó.

Oyó la voz detrás de la puerta:

—¡Vuelve al atardecer!

—¡Ta-tá, *Mon-se-ñor*! —articuló la mole, y se marchó.

***

Y la mole volvió al atardecer.

Tenía una bandeja consigo —la cena de Monseñor—, que dejó a un lado, sobre una mesita, antes de llamar a la puerta: dos golpecitos, y esperar.

Estaba acostumbrado a oír los pasos tras la pesada hoja con herrajes.

Pero no hubo pasos en esta ocasión.

La mole dudó, aunque concluyó que lo mejor era entrar. Tomó la bandeja, cerró la mano sobre el picaporte y lo hizo girar.

Le llamó la atención el azote leve pero contundente de un viento que le rozó la cara. Aspiró la brisa fresca. ¿Hacía cuánto que no salía al exterior? Sus tareas se limitaban al universo amurallado del convento: culto por la mañana, limpieza, lecciones…

Había algo en el aire… ¡Había una presencia en el aire!

La mole avanzó por el cuarto ensombrecido. Vio el respaldo del sillón… Y vio, más allá del sillón, la puerta de vidrios repartidos abierta de par en par, ¡y el enrejado de seguridad parcialmente izado!

La mole dejó caer la bandeja que fue a estrellarse contra el piso. Se apostó delante del sillón, como un guardián dispuesto a todo, y oteó los cuerpos

lívidos y supurados que yacían repantigados en el suelo. Había algunos que se relamían las bocas ensangrentadas, pero la gran mayoría permanecía enrollado sobre sí mismo: las miradas perdidas, la estupidez soez en los rostros, mortuoriamente envueltos en un sopor narcótico que los condenaba a una nada fetal.

La mole comenzó por espantar a los más íntegros. No usó la fuerza: bastó un rotundo aspaviento de sus brazos, como si alejara moscas, y los presentes, entre toscos gruñidos y patéticos ademanes, se marcharon por el hueco de la puerta. Siguió entonces con los que estaban en el suelo: sacudió a los dormidos y los echó, y levantó a otros que, posteriormente, depositó del otro lado de la puerta. El último que quedaba tampoco opuso resistencia —olíana la mole, y lo reconocían como de la manada—,pero se cruzó de brazos tan pronto sintió las pesadas manos sobre sus hombros, ¡y también se cruzó de piernas!, y así, renegando como un niño que no puede coronar su rabieta, cayó del otro lado de la abertura, hecho un ofuscado y caprichoso ovillo.

La mole los vio alejarse en la noche hasta que se perdieron de vista.

Entonces, se volvió…

Contempló el sillón —una sombra recortada sobre un oscuro telón de fondo —, y se acercó sin separar la vista del suelo.

Se detuvo ante la forma humana que yacía inerme sobre la deslucida pana.

Se arrodilló.

Había una manchita… una manchita rojinegra en medio de los dos zapatos.

La mole retiró una franela del interior de su manga —siempre llevaba una para casos de emergencia— y la restregó sobre el sector del piso donde estaba la manchita.

Para cuando completó su tarea, otra manchita similar a la primera se había estrellado sobre el piso de madera.

Le siguió un repiqueteo continuo de puntos escarlatas que terminaron trazando el dibujo de un rulo de contextura viscosa sobre el entarimado.

La mole miró el rulo, y soltó un suspiro. A continuación plegó el trapo y lo regresó al doblez de la manga.

Levantó la vista y descubrió las manos.

La izquierda sujetaba el dispositivo con el botón rojo en el centro; la derecha… ¿será necesario señalar que la mano derecha se cerraba sobre el interruptor que desconectaba el enrejado de seguridad?

La mole desdobló los dedos —agarrotados, tiesos, pero acabados en

hermosas uñas— y se los llevó a la cabeza.

Al principio no sintió la presión, el desarreglo nervioso que impulsaba a los dedos. Y cuando se percató del cambio lo atribuyó a otra cosa: se trataba del milagro del Santo. Monseñor había… Pero entonces fue el turno de la boca, y la mole supo que la criatura que tenía ante sí ya no caminaría por el Valle de Sombras. No, por lo menos, como los hombres de barro. Ruiditos de rata, gimoteos de niño, olisqueos de perro… La mole no se inmutó, no tenía miedo: la criatura que había sido Monseñor lo olfatearía, lo estudiaría con su conocimiento impuro, y lo catalogaría como perteneciente a la manada.

Esperó. Las manos de la criatura alzaron vuelo, y con una agitación caótica se puso de pie. Unos zapatos de charol relucientes impulsaron el paso errático hasta la puerta que se abría a la noche. Si en ese momento la mole hubiera levantado la cerviz, de su amo sólo habría visto la espalda.

La mole se acercó a la puerta vidriera. Iba a cerrarla cuando el recuerdo de Monseñor asaltó su mente: ¿Cómo te llamas, criatura? ¿O acaso no tienes nombre?.

Oteó la noche. Había estrellas, y soplaba una brisa tibia.

Cruzó el umbral, y en poco más bajaba por el camino de grava hasta el pueblo.

¿Por qué? ¿Por qué caminaba, a dónde iba? Los primeros edificios se recortaron como apariciones en la senda ensombrecida. La vieja estación de trenes. Un almacén. Un olvidado bodegón. La calle principal. Un teatro de variedades.

No había nada que hacer, ¿o sí?

Tomó por una calle lateral. Había una casa al final de la calle. Los últimos rescoldos de un incendio devoraban los restos de un techo de tejas. Había…

La mole no podía hacer nada por la familia. Los vio morir como consecuencia del ataque de una manada, aunque el macho se defendió muy bien, pese a conservar un solo brazo: la barrena de hierro que blandía a diestra y siniestra, entre salvajes bramidos, había hendido las cabezas de una docena de lívidos. Sin embargo, la suerte le volvería el rostro momentos después, en la forma de dos eficientes masticadores.

Retomó la marcha. La escena se repetía. Hombres, mujeres y niños, e incluso animales caían bajo la voracidad de la Muerte Lívida. Restos diseminados por doquier. Gritos furibundos cruzando la noche. Llamadas de auxilio, ciegos arrebatos de locura, suicidios en anónima soledad. Subió una rampa que conducía a una plazoleta. Y sucedió entonces que la mole

vio algo cerca del sector de los juegos. A la vera de un tiovivo halló a una niña. La pequeña levantaba y bajaba un dedo señalando a los caballos. Aunque tan pronto reparó en el recién llegado la curiosidad se trocó en llanto. ¡Lloraba desconsoladamente ante el corpachón del extraño! Los lívidos no expresaban gestos semejantes; sólo el deseo insaciable de morder y deglutir. ¿Se trataría de una cría humana?

La mole se dispuso a comprobarlo cuando sintió que una mano descarnada se cerraba sobre su tobillo.

Era un reptador. Un torso con brazos, cabeza y dientes. Ciegos y maquinales, los reptadores tanteaban el terreno antes del arribo de los masticadores. La criatura tironeaba con terquedad de la pierna de la mole. Un labio fláccido se alzó enseñando los incisivos enfermos, mientras una retahíla de crudos ruiditos surgía de la boca fuliginosa.

¿Traducción?

¡Lárgate! ¡La carne es nuestra!.

La mole pateó a la criatura. El torso impactó contra un auto-chocador. Estupefacto, el reptador sacudió la cabeza y emitió una serie de lacerantes chasquidos: ¿Qué diablos crees que haces? ¡Te dije que la carne es nuestra!. Volvió a la carga, como un toro acicateado. Pero la mole no estaba para juegos. Lo detuvo en seco, pisándole la cabeza. De inmediato le apresó el cuello con dedos de pesadilla. Bastaron unos segundos para que el telón cayera sobre el porfiado reptador.

Se volvió. La niña ya no lloraba, pero observaba al enorme extraño con una mezcla de recelo y cautela. Ni siquiera había bajado su dedo índice, que aún apuntaba al caballito del carrusel. Balbucía ¡Mío! y nuevamente ¡Mío!. La mole estudió la montura de madera con gesto lacónico. Se acercó a ella, y tiró del cordón que hacía las veces de rienda…

¿Qué impresión le hubiera causado a un hipotético observador humano escena semejante? ¡Una niña paseándose con un lazo al cuello! La nena clavaba la vista en la espalda de su guía, al tiempo que jugaba con el cabo del cordel. Una imagen puede impactar para siempre en la mente infantil, y esa espalda que se yergue como una montaña delante de tan menuda persona no quedará en el olvido. Por esta razón, si nuestro hipotético y escandalizado observador tuviera la oportunidad de preguntarle a la futura mujer qué recordaba de su señor, de su salvador de aquellos días, la respuesta lo tomaría por sorpresa: Su rostro.

Juan Manuel Valitutti (1971) es docente y escritor. Ha publicado cuentos en los principales medios digitales y de papel de ciencia ficción y

fantasía. Finalista en el concurso Mundos en tinieblas en sus ediciones 2009 y 2010, también ha sido seleccionado durante 2012 en los contextos de la primera Convocatoria de Relatos de Horror y Ciencia Ficción Exégesis/Nocte, y del Premio Ictineu, a las mejores obras traducidas al catalán. En las mejores manos es la décima entrega de las aventuras de su personaje Narhitorek, el docto exégeta del Mal.

Hemos publicado en Axxón: EL SALUDO, EL HOLOCAUSTO DEL BÁRBARO, AL FINAL DE LA TARDE, NARHITOREK, EL NIGROMANTE, LOS ENVIADOS DE NARHITOREK, PARA VERLOS VOLAR, DEMONIO BLANCO, EL FINAL DE LA HISTORIA, LOS TRABAJOS DE UN LADRÓN, EL DESEO DEL DISCÍPULO, LA ÚLTIMA GRAN BATALLA, EL TIPO QUE VIO A MOBY, ¡URGHOOOOO! y EN LAS MEJORES MANOS.

Este cuento se vincula temáticamente con UNA HISTORIA DE SIETE DEMONIOS, de Frank Richard Stockton; LOS DEMONIOS DE PINDAURO, de Carlos Pérez Jara; y EL CIELO DE LOS ÁNGELES, de Fran Ontanaya.

Volar

Cristian Gabriel Nuñez

ARGENTINA



Ilustración: Tut

Le regalé a Emilia el gatito cuando aún era un pompón frágil y llorón. Con esa envidiable felicidad de los chicos, me lo sacó de las manos. Vi en ella asombro, gratitud y una especie de fervor de madre. Lo besó, lo mimó, lo miró como sólo los chicos miran aquello que aman enseguida. Entonces, mientras Emilia recorría la casa con el gatito en brazos mostrándole su nuevo hogar, oí que le decía:

—Este es el comedor. Esta es la cocina de mami. Ahí está mi pieza, y eso grande es el armario. —Le iba señalando todo, apretujándolo en su pecho —. Acá vamos a dormir juntos vos y yo, y a ver la tele. —Le prometió que lo cuidaría y que le enseñaría a maullar fuerte, lo llevó al patio y le jugó

con una pelotita de tenis deshilachada—. Porque vos también tenés que tener un juguete preferido. Y este va a ser el tuyo, para que juegues mucho. Así que cuidalo. —Y, volviendo sonriente y satisfecha, la encaró a Delia—: ¿Qué hay que darle de comer a los gatitos, ma?

—Le podés dar un poco de leche tibia en un plato de postre o en una mamadera —le respondió mi hermana—. Emi: ¿le dijiste gracias al tío Atilio? Mirá que si no es mala suerte.

—Gracias, tío —me dijo, y me sonrió, sincera y hermosa.

—De nada, mi amor. ¿Ya le pusiste nombre?

—Pipiás. Se va a llamar Pipiás.

Pipiás fue educado entre el ascetismo del alimento para gatos y el régimen de libertad condicional al que lo sometía su dueña. Más peluche que mascota, dormía en su propia cama, jugaba con sus propios juguetes y hasta era bañado en su propia palangana de plástico. Emilita le daba de comer, le limpiaba la bandeja de piedras sanitarias, y en un cuaderno había armado un cronograma de vacunas. Lo malcriaba, lo mimaba con un apego inocente y profundo.

Como todo gato —al menos, de acuerdo con mi experiencia—, Pipiás era insulso. Huraño hasta contagiar la parsimonia, y de una envidiable sequedad, no hacía caso y no se mostraba cariñoso. Por las tardes se escapaba entre los tapiales y los techos vecinos. En ocasiones, pasaban días sin que volviera. Mi sobrina sufría. Y me insistía con que fuéramos a buscarlo, o con que llamásemos a La Policía de Gatitos. Salía a recorrer las veredas del barrio, hasta que el infame bicho se dignaba a aparecer como si nada, ajeno a todo. Y ella lo abrazaba y lloraba y pedía que le pusiéramos un collar con campanitas y le hiciéramos el dni por las dudas.

Pipiás conoció el calor de un hogar. Creo que, a su modo, al principio dedicó el más inexpresivo empeño en amar a Emilita. Poco entusiasta, igual reverenció el cariño y la amistad. Nada le faltó: ni el techo —que tenía algo de tedio—, ni el alimento —que tenía algo de indulgencia—, ni el abrigo —que tenía algo de encierro—. Nada le faltó, salvo saber quién era.

Le llevó algún tiempo conocer los recodos de la casa y adaptarlos para su descanso ininterrumpido. A medida que crecía con Emilita, le escapaba a su

compañía, se escondía y pasaba horas durmiendo.

Una tarde, cuando yo volvía del trabajo, pensando en cosas que ya he perdido, me detuve en un gato que escarbaba ansioso al borde de la calle de tierra. Pocas veces damos importancia a las cosas triviales, y por eso consideré que aquel animalito en la vereda del vecino de enfrente no podía ser Pipiás. Fue horas más tarde que reconocí —hilando en el recuerdo— a la mascota de mi sobrina, pero en ese momento de la vereda había desviado mi atención y me olvidé del asunto. Habré creído —esto lo supongo ahora— que se trataba de un perrito o de un gato parecido, y que la excavación era imposible de asociar con nuestro parco Pipiás.

Cuando entré, me recibió Emilita con un beso, y al abrazarla me susurró:

—Tío, no puedo enseñarle a maullar al Pipiás. No le sale maullar.

Si hubiese sabido. Si al menos me hubiera imaginado.

Recuerdo la vez en que Pipiás pasó junto a Emilita y ella intentó acariciarlo: él le gruñó mostrándole los dientes. En otra oportunidad —una siesta—, lo vi enterrando un hueso en el jardín, con una destreza animal impropia de un gato… y de mi imaginación. Y ahí estaba mi Emilita parada junto al marco de la puerta de la cocina, contemplando desolada a su gato porque no jugaba con ella.

—¿Qué le pasa al Pipiás, tío? —me decía angustiada—. Parece raro. Y a veces es como que no es Pipiás. —Y volvía a observarlo en silencio.

Me llamó la atención y me sorprendió la queja de una vecina que acusaba a ese perrazo que deben de tener ustedes de perseguir y acosar a su gato siamés, que quedó como para sepultarlo. En vano le expliqué que no teníamos un perrazo; ni siquiera un perro teníamos.

Por otra parte, si consideramos a otro de los vecinos afectados —el almacenero de la esquina—, por pudor prefiero no recordar los tórridos romances de Pipiás con su pequinesa.

Indiferentes a los llantos y rabietas de Emilita, con Delia decidimos mantenerlo encerrado unos días. Yo esperaba que aquel comportamiento

fuera sólo un desajuste emocional de un animal estresado. Estresado quién sabe por qué: cuando no realizaba labores perrunas, Pipiás se la pasaba durmiendo.

Además, me pregunto ahora si ese gato soñaba. Y, si lo hacía, ¿con qué soñaba? ¿Con ratones, o con huesos?

No nos atrevíamos a consultar a un veterinario: ignoro si habrá alguno preparado en psiquiatría felina; pero el mal humor de Pipiás, su nerviosismo, su conducta errática —que crecían con el encierro—, al fin nos decidieron.

Durante la semana de tratamiento —que resultaría absolutamente infructuosa—, Emilita lo extrañaba: espiaba la jaula; le llevaba la pelota de tenis y un sonajero de cuando era chica; se sentaba a leerle cuentos y a charlar con él.

Cuando el veterinario-psiquiatra se declaró incompetente, optamos por volver a encerrar a Pipiás. Y eso fue un error.

Una tarde, mi sobrina entró corriendo, agitada y pálida.

—¡Le sale baba! —nos gritaba—. El Pipiás está enfermo. Ma: al Pipiás le pasa algo.

Fuimos hasta la jaula, y me interpuse entre Pipiás y Emilita: Pipiás babeaba una espuma densa; yo había visto un par de perros rabiosos, pero nunca un gato rabioso. Además, un extraño brillo en sus ojos me decía que la memoria se le había apagado. Se retorcía con el pelo erizado y mostraba los colmillos, gruñendo. Con desdén, se apretujó contra el fondo de la jaula y se quedó tieso, hecho un ovillo. Alcancé a oír la voz de mi sobrina, detrás de mí:

—¿Adónde se fue Pipiás, tío?

Y jamás olvidaré aquel instante: en una terrible mueca de odio, el gato me atravesó con la mirada y maulló áspero, ronco. Después se dio vuelta, y quizá reconociendo a Emilita, en un último temblor antes de derrumbarse, le habrá pedido, con infinito dolor, que lo liberara. Pero no de la jaula. La liberación tiene muchos modos, y es tan personal como nuestros afanes. Acaso los de Pipiás eran no ser él. Eran ser otro.

Por eso no me sorprendió una mañana verlo *feliz* —no tengo otra palabra para describirlo—. De su carita felina se le había borrado el sufrimiento, y

comenzaba a recuperar fuerza y agilidad. A pedido de Emilita —y no sin nuestras reservas sobre el asunto— lo soltamos.

Me alivió cuando abrí su jaula y salió con pasitos firmes, veloces, alegres. Escarbaba en el jardín, buscaba insectos y semillas. Digo que me alivió, porque aclaro que se me pasó un par de veces por la mente sacrificarlo. Mi sobrina llegó corriendo, chillando de alegría. Y me abrazó, para después salir a los saltos a jugar con su amigo recuperado, cantando y riéndose. Radiante, lo acariciaba, lo alzaba, lo besaba. Pedía nuevos juguetes para Pipiás, organizaba el próximo baño, buscaba su pelota de tenis.

Una tarde, después del almuerzo, salí al patio a fumar. Por poco no grité una grosería: en un rincón del fondo, el gato acomodaba con devoción unas ramitas y unas hojas de parra. Y aunque algo me maliciaba, lo dejé hacer.

Al día siguiente lo encontré otra vez en las mismas faenas. Esta vez me quedé escondido entre la enredadera de la galería. Me pasé largo rato vigilando cómo Pipiás estudiaba, retocaba y daba forma a aquella masa de ramas y barro que había preparado junto a la pared. Y juraría que lo vi recostarse allí, sensual. Pronto se quedó dormido, y en un momento movió las puntas de las orejas.

¿Soñaría Pipiás? Y, si soñaba, ¿a qué lugares insospechados lo llevaba su increíble imaginación?

Oí un ruido a mis espaldas. Ahí estaba Emilita, vigilándonos tras la escalera que da a la terraza. Dijo, por lo bajo:

—Ya no quiere tomar leche, tío. —Y adiviné un filo de nostalgia o de abandono en sus palabras—. A veces parece que silba, y hace una voz finita finita. Y no quiere que lo bañe: se mete en la palangana y se sacude solo. ¿Ves? Así.

Yo la miré, y no supe qué decirle. Pensé: *La naturaleza no nos da nada gratis*.

Es cierto: la naturaleza siempre pide un precio, aun cuando cometa un error; aun cuando de ese error surja un prodigio.

A la mañana siguiente, después de unos mates, llevé a Delia al patio para mostrarle la novedad. Y nos quedamos mirando maravillados aquel nido, escondido en un rincón del fondo y hecho de barro y ramitas y hojas de parra.

Entonces, con un ligero codazo, Delia me indicó la galería junto a la enredadera. Ahí estaba Emilita: arrodillada sobre el cemento caliente, levantaba algo del piso. Y, con ternura, apoyaba en su regazo esa cosa peluda, inerte.

Miré hacia la alta terraza, y comprendí todo.

Bajé la vista y busqué los ojos de Emilita. Los ojitos tristes de Emilita. Unos ojitos confundidos, húmedos. Iba a decirle algo, pero Delia me encajó otro discreto codazo. Emilita lloraba ahora. Acaso había sentido vibrar en sus manos la última exhalación de su mascota: su última exhalación de libertad, un vestigio de vuelo. Y con pausada dulzura, lo acarició por última vez, como si tocara las delicadas y tibias alas de una paloma.

Cristian Gabriel Nuñez nació en Santa Fe en 1973. Es Licenciado en Química por la Universidad Nacional del Litoral. En 2012 —por cuestiones de trabajo— se muda a Cipolletti (Río Negro), donde sigue ensayando el arte de la literatura. Algunos de sus poemas participaron en antologías de la editorial Nuevo Ser. Y unos pocos relatos, en una antología del Taller de Escritura Creativa de la Escuela Normal Superior Nº32. Pertenece al *Centro de Escritores César Cipolletti* gracias al cual está aprendiendo a escribir. También se unió al *Taller de Corte y Corrección* coordinado por Marcelo Di Marco, gracias a quien está aprendiendo a corregir.

Ha publicado en Axxón DEL TIEMPO Y LOS INSECTOS.

Este cuento se vincula temáticamente con EL GATO DORMIDO, de Fran Ontayana y EL ENIGMA DEL BAR DE LOS VIEJOS Y LOS GATOS, de Cristian J. Caravello.

Hebras que se enredan

Hernán Domínguez Nimo

 **ARGENTINA**



Ilustración: Pedro Belushi

Trabajar en una sala de refugiados cronotemporales siempre es duro. Podés ver la confusión en sus caras, asomando constantemente. Las preguntas, interminables, que inundan su mente como loops perennes. Pero por encima de todo eso siempre está la duda, sobrevolándolo, impregnándolo todo como una marca de agua indeleble. El miedo a preguntar, a resolver los interrogantes. A exponerse. *¿Estaré en el lado correcto? ¿Estaré entre amigos?*

Para eso son las salas de refugiados. Casi nunca tienen heridas de gravedad. Llegan cuando ya se recuperaron físicamente y acá les enseñamos a confiar. Le decimos que están en su tiempo. Que los rescatamos y los trajimos a casa. Que pueden relajarse, abrirse, contarnos lo que piensan porque están de este lado, entre amigos.

A veces lo logramos.

Yo mismo soy un caso de éxito. Una vez estuve del otro lado, fui un refugiado, y según dicen uno de los más confundidos. Mis compañeros tardaron en hacerme abrir los ojos para que los reconociera.

Claro que los refugiados siempre son agentes. La gente común nunca sufre estas conmociones. Ellos no saben nada de los dos bandos enfrentándose a través del tiempo, tironeando de la realidad para un lado y para el otro, así que no necesitan discernir con cuál de los dos están lidiando.

El trabajo en las salas es voluntario. Nadie está obligado a trabajar en ellas. Yo alterno mis visitas con el trabajo de campo porque la confusión vuelve humanos a los agentes. Verlos desvalidos me baja a tierra, me recuerda por qué hacemos lo que hacemos.

También tengo otras razones, más egoístas si se quiere, en este momento en particular, aunque siempre sea difícil definir este momento en particular para nosotros.

—Mi loop traumático avanzó veinte frames —me dice Lara, poniéndome el pad frente a los ojos apenas me ve.

En la pantalla veo a Lara —la versión onírica de su memoria traumática, recobrada noche tras noche— saliendo de la zona de una explosión tras un atentado, rodeada de gente común y corriente. Es el momento en que los agentes saltan al campo para asistir o rematar a los agentes afectados. En el loop de Lara, la acción avanza cuadro por cuadro, con una lentitud exasperante —como su tratamiento—: de pronto tres agentes la rodean, dos por atrás y uno por delante. Los de atrás son un hombre con uno de esos cortes medio retro —el pelo peinado con gomina— y una mujer de pelo lacio oscuro. Se acercan a ella con intenciones poco claras, aunque sus rostros permiten ver —cualquiera lo puede ver, no hace falta ser un experto — que son poco amigables. El agente de adelante permanece casi todo el tiempo en el borde difuminado del cuadro, como si no se decidiera a entrar. En realidad, cualquier agente de campo lo sabe, lo que está haciendo es hipnotizar a su víctima, en este caso Lara. No porque esté bamboleando un reloj dorado frente a sus ojos, simplemente genera contacto visual con ella, la distrae para que los otros actúen por detrás.

Los frames avanzan agónicamente lentos. Los agentes —el hombre de gomina y la mujer morocha— se acercan paso a paso con la mirada fija en la nuca de Lara. No recuerdo hasta donde llegan en lo que me mostró la última vez. Si sé —si es un recuerdo genuino y no inducido— que no llegaban a tocarla.

Esta vez tampoco. De pronto una figura se entromete en la escena, entrando de frente a ella. Son apenas doce frames —de los veinte *nuevos*—, medio segundo, pero se desplaza a tal velocidad que en ese breve tiempo —breve según el punto del observador, claro— sobrepasa al agente en sombras y casi llega hasta Lara. En su actitud solícita se percibe claramente que es amigo. Y que soy yo.

Miro a Lara y le sonrío.

—Y el loop se va a seguir poblando de estos —me señalo sobre el pad— y despoblando de estos —y señalo a los tres agentes desconocidos.

Por primera vez en dos meses, Lara me sonríe. Casi puedo ver a mi compañera de campo en ese gesto, y la emoción se me inflama en el pecho, amenaza con saltarme a los ojos pero la controlo. La primera enseñanza a los voluntarios es que no tenemos que dejarnos llevar por sentimientos previos. Para no traspasar su intimidad emocional tenemos que tratarlos como si fueran enfermos de alzheimer que no recuerdan nada.

Pero que Lara siga avanzando en su loop traumático quiere decir que se está abriendo. Que está volviendo a confiar. Y se supone que a partir de ahí todo va a ser más rápido. Quiere decir que hay esperanza. Que puedo recuperarla. Ella estuvo para mí hace un año, cuando me trajeron de vuelta y ahora yo estoy para ella.

—Permisoooo —dicen desde atrás y me doy cuenta de que estamos parados en la puerta de la sala. Lara me atacó con su pad sin dejarme entrar siquiera.

Me muevo de la puerta, llevando a mi ex compañera hasta un costado, y Clarissa entra llevando a un hombre desmayado en una silla de ruedas. Sin darle tiempo a terminar de entrar, Lara da un paso al frente y la interpela.

—¿Por qué está así? ¿De dónde lo traés? ¿De *cuándo*?

Clarissa es otra agente voluntaria, aunque no tiene vínculos con ninguno de los residentes. No trabajamos juntos en el campo aunque a menudo coincidimos en la sala. Y es más que evidente que a Lara no le simpatiza.

Me acerco a Lara, dispuesto a tranquilizarla, a explicarle quién es Clarissa, que si hubiera querido lastimar al agente no lo hubiera llevado ahí, etcétera —la lógica es lo único que permite a los residentes salir de sus dudas— pero Clarissa se me adelanta:

—Viene de una zona neurálgica, las hebras temporales antagónicas se mezclaron hasta generar una implosión —explica, sin apasionamiento ni enojo por la desconfianza—. Leo estaba en el punto efímero exquisito y fue el más afectado. Ya pasaron dos semanas objetivas y todavía no despierta. Lo traemos a la sala a ver si el contacto humano ayuda…

Y luego sigue llevando al paciente hacia el centro de la sala, donde otros internos coinciden, aunque sin hablar demasiado entre ellos, claro.

—Eso no fue muy *polite* que digamos —le digo en voz baja a Lara.

Ella abre la boca, va a decir algo y después la cierra. Algo cambia en sus ojos y sé que son dos pasos atrás después de dar uno al frente. Desconfía de Clarissa y como yo la defiendo, desconfía de mí.

Me vuelvo a cruzar con Clarissa afuera de la sala, cuando ya me resigné y salí a fumar.

—Entré en el momento menos oportuno —me dice cuando sale y me ve ahí parado, charlando con Jano, un agente con quien participamos en varias misiones.

—No es tu culpa. Lara todavía no cruzó el umbral de confianza. Está ahí nomás pero se resiste. Y si no lo cruza por sí sola…

—…No sirve, claro —termina mi frase—. Es duro. Sobre todo cuando son conocidos. Por eso yo prefiero trabajar con desconocidos. En fin —dice, sacando un bloc espiralado de notas y un lápiz de una bandolera que lleva colgada—, tengo que volver a lo mío.

—¿Una misión de campo? —pregunta Jano, más por acotar algo que por curiosidad supongo.

Yo dejo un día mínimo entre el voluntariado y alguna misión, para despejarme, para volver a enfocarme. Pero cada uno hace de su culo un pito… Jano es de los agentes más duros que hay, así que no me extrañaría que el mismo día que le lee algo a un refugiado se meta en un atentado a dispararle a una decena de infiltrados. Dicen que tiene el mejor promedio de tiro justamente porque lo disfruta. Porque no duda…

—No exactamente —contesta Clarissa—. Por ahora estoy asignada acá —hace un gesto que abarca las oficinas—. Me engancharon para unas reuniones que están por arrancar…

—Claro. Hoy se juntan todos los jinetas —dice Jano, tocándose el hombro.

—Sí —pone cara de fastidio—. Les juro que preferiría visitar dos focos de cronoatentados uno detrás del otro antes que esto… —vuelve a mirar su reloj—. Bueno, me voy. Nos vemos —me dice—. Un gusto —le dice a Jano, a quien evidentemente no conocía.

Se va taconeando apurada por el pasillo, los rulos castaños agitándose a cada paso.

—No sé cómo hacen para correr con esos tacos —dice Jano, aunque los dos le estamos mirando el culo—. Seguro es una de esas minas que las arregla para estar divina hasta en misión de campo.

—Seguro que sí —digo yo, pero la culpa me hace volver a pensar en Lara —. El jefe me dijo que si en dos semanas más no hay cambios sustanciales —y sin decirlo los dos sabemos que con ese eufemismo se refiere al alta final—, tendré que buscarme otro compañero.

—¿Ya lo estás trabajando? —me dice Jano, y cabecea hacia el lugar por el que se perdió Clarissa.

—¿Qué? No… —digo cuando caigo en lo que dice.

Y es verdad, ni se me ocurre pensar en Clarissa. No sé cuál es su situación. No la conozco tanto y nunca hablamos de su trabajo de campo, así que no sé si tiene compañero asignado. Pero jamás podría tomar a alguien que genera tanto rechazo en Lara. Aunque no sea su culpa.

Mientras hablamos caminamos por el pasillo, que desemboca en la nave central del edificio. Las salas de reunión están ahí. Clarissa está parada con uno de los jefes. Hablan algo —ella escucha y toma nota— y después entra apurada en una sala que hormiguea de gente. Justo antes de que se cierre la puerta, veo que mete la lapicera en el anillo espiral del bloc y con un gesto casual tira el cuadernito debajo de la mesa que ocupa el centro de la sala.

La puerta se cierra y yo me quedo helado.

La explosión me empuja tres metros hacia atrás, pego de espaldas contra la pared y resbalo hasta el piso alfombrado.

El aturdimiento me dura un par de segundos. Me levanto y corro hacia la sala de reuniones. Otros agentes se me unen. La puerta absorbió casi todo el impacto y cuelga de una sola bisagra. Tiro hacia fuera con ayuda de otro y despejamos la entrada.

La vista adentro es espeluznante. Donde antes había un mundo de actividad ahora hay un vacío total. No queda gente, no hay muebles, parte del piso desapareció y uno de los ventanales está destruido. El viento que entra a presión, excesivo hasta para un piso 16, agita los cables pelados de las lámparas que ya no están y unos pocos papeles que revolotean antes de caer por el hueco del medio.

—Dios mío —digo desde la puerta. No se me ocurre otra cosa.

La pantalla de bioscanner de la sala dice que diecisiete personas fueron eyectadas. Expulsados a espaciotiempos desiguales. Con suerte, en una pieza. Me pregunto si Clarissa es uno de los diecisiete, aunque ya sé la respuesta.

Jano entra corriendo a la sala y eso me espabila. Lo sigo mientras camina pegado a la pared, por el borde del piso, hasta la ventana. Nos asomamos juntos y el viento nos obliga a entrecerrar los ojos. En la calle la gente huyó al oír la explosión pero alcanzamos a ver una mujer taconeando hasta perderse en un callejón.

—Hija de puta —dice Jano, y se tira desde la ventana.

Por la altura que tenemos, está obligado a abrir su paracaídas apenas salta y eso hace. Pero al llegar a mitad del recorrido, en vez de bajar el paracaídas comienza a ganar altura otra vez. Después de saltar Clarissa dejó abierta

una microsingularidad a media altura. Eso explica el viento, por diferencia de presión. Seguro linkea a un punto de alta montaña. La singularidad se va a cerrar por sí sola, pero le va a dar el tiempo de escapar.

Dos agentes más saltan mientras yo intento decidirme. Los dos terminan flotando en sus paracaídas apenas unos metros por debajo del nivel del piso en el que estamos.

Entonces salto yo. Apunto mi cabeza hacia el colchón de tela blanca y no abro el mío. Reboto contra uno de los paracaídas, al caer por el costado veo a Jano que me mira con los ojos bien abiertos. Sigo cayendo, el pelo latigueando contra mi cara y mis ojos y me pregunto si no habré errado el cálculo. Entonces el viento baja su intensidad y tiro de mi cincha.

El paracaídas se abre casi cuando estoy en el piso. Ruedo de costado para minimizar la fuerza del impacto pero estoy seguro que un par de costillas me van a pasar factura esa noche y varios días más. Me levanto, me suelto el chaleco y corro hacia el callejón donde Clarissa desapareció. Miro un segundo hacia arriba. Jano parece más cerca de la calle, quizá por debajo del nivel de viento. La singularidad pierde intensidad o mi caída desinfló su paracaídas lo suficiente como para permitirle superarla.

Atravieso el breve callejón y salgo a una plaza seca. Del otro lado, veo a Clarissa manejando un auto blanco cabriolet, los rulos castaños al viento, una sonrisa de satisfacción en los labios.

Hija de puta, pienso como Jano, pero no lo digo, guardo aliento. Salgo corriendo en la dirección en la que va el auto. Sé que dependo de semáforos, del tránsito, de las vueltas que dé, pero no me queda otra. Corro como si se me fuera la vida en los pies, con la energía que me da la bronca. Convierto la furia asesina en velocidad.

Me pregunto qué es lo que más violencia me genera y me doy cuenta de que no es el atentado en sí sino todo lo previo. El tiempo de infiltración que fue tiempo robado. El abuso de confianza. ¿Hace cuánto me cruzo a Clarissa en la sala de refugiados?

Dos veces estoy a punto de perder el auto y dos veces me salva el rojo de un semáforo. Pero el cansancio se empieza a hacer sentir. Las piernas aguantan pero me estoy quedando sin aire. Si supiera adónde vamos podría radiar para que supriman el flujo en las coordenadas. Solo el tiempo necesario para que yo llegue caminando. Pero no tengo idea de adónde vamos. No me queda otra que correr.

Y corro. Corro.

Hasta que ya no puedo más y necesito frenar, apoyar las manos en las

rodillas para recobrarme, el aire rechifla cuando se mete a la fuerza en mis pulmones vacíos…

El auto blanco pone balizas y se mete en el estacionamiento de un restaurante.

Me enderezo y camino, despacio, mientras me recupero del ahogo, me concentro en bajar mis pulsaciones y amartillo la pistola a mi espalda.

—Estoy con alguien —le digo a la chica que sale a recibirme al entrar y sigo caminando con la pistola escondida entre la ropa.

El salón está en penumbras a pesar de ser pleno mediodía. Un lugar ideal para los que buscan intimidad. Amantes en secreto o conspiradores del tiempo. Veo los rulos en la única mesa donde hay más de dos personas. Clarissa me da la espalda y preparo la pistola, el dedo en el gatillo.

Pero no disparo por la espalda. No es mi estilo. Necesito que me apunten para disparar. Necesito una excusa, así de cobarde es mi conciencia.

Así que me acerco hasta ponerme al lado de ella. Esperando su reacción ante mi presencia. Los otros dos, un hombre y una mujer, son los primeros que me ven. Me sonríen, casi una especie de saludo con las copas con las que están brindando, seguro me confunden con alguien más.

Pero su mirada atrae la de Clarissa, que se da vuelta lentamente. Ella sí va a reaccionar. Primero voy a tener que matarla a ella y después a los otros, pienso mientras termina de girar la cabeza, me mira y me sonríe.

—¡Hola! ¡No se suponía que llegaras tan temprano, pero bienvenido! —me dice y eso me desarma.

Juro que no entiendo nada.

Guardo la pistola en el bolsillo sin que la vean. Las caras de los otros dos me suenan de algún lado. Las recuerdo. Son los agentes del loop traumático de Lara. ¿Por qué están acá? ¿Cómo es que me conocen?

Clarissa termina de servir otra copa y la pone en mi mano. Brindo lentamente chocando copas con los tres, mientras mi cabeza corre a mil. Si me confunden con alguien de su lado, ¿por qué no aprovecharlo? Puedo obtener información de sus planes, de sus instalaciones…

Pero no puedo pensar, las ideas se apelmazan y se anulan unas a otras.

Pelo engominado dice algo y los tres se ríen. Tomo de mi copa para disimular que no entendí el chiste y un ruido a vidrios rotos llama mi atención. Algo cayó encima de la mesa detrás de mí y derribó el centro de mesa al piso. Un libro sobresale en medio de los pedazos de vidrio. Lo recojo. La tapa muestra una estrella roja sobre fondo azul: *La alternativa*

del diablo. Jano es fanático de Frederick Forsyth, del siglo XX.

Levanto la mirada, buscándolo. Lo descubro tras la baranda de madera torneada del piso de arriba. Los ojos le brillan, fieros. Me vio brindar con el enemigo. No sabe qué pensar.

Yo tampoco.

Quiero avisarle que no dispare, que puedo sacar provecho, seguirles la corriente, pero sé que es cuestión de tiempo para que salte y abra fuego. Quizá también contra mí.

Y mientras espero que salte, trato de decidir contra quién voy a disparar yo.

Hernán Domínguez Nimo nació en Buenos Aires en 1969. Es redactor publicitario por la simple razón de que donde se siente a gusto es frente a un teclado o un papel. Como nunca consideró lo literario como una profesión (ya conocemos la situación de la Argentina, donde la ciencia ficción tiene miles de seguidores pero la industria editorial no lo aprovecha), es de los que escribe y escribe sin pensar que el objetivo del cuento no sea el hecho mismo de ser escrito. Tiene decenas de cuentos cajoneados que nunca se preocupó por publicar. Hace algunos años empezó a enviarlos a concursos de ciencia ficción del exterior. En 2002, Gérmine fue finalista en el Terra Ignota de México y posteriormente publicado en la revista 2001, de España. En 2003, Moneda común fue ganador del Concurso Fobos, Chile. Y desde entonces nadie ha podido detenerlo, por fortuna. Pasó por NECRONOMICÓN de Venezuela, PÚLSARES de Chile, ALFA ERIDIANI de España, etc., etc., etc.. Pueden ver el detalle de años previos en la Enciclopedia. Hace muy poco tiempo salió a la venta su libro *Si algo está muerto no puede morir*, publicado por Textos Intrusos.

Hemos publicado en Axxón sus obras NO, GRACIAS, CAMBIO, HASTA LA SIGUIENTE, VIAJE AL PASADO, EL MORADOR, EL GUASÓN, FINAL INCIERTO, MOTORHOME, MALOS PENSAMIENTOS, EL NÚMERO UNO, CAMINATA LUNAR, LA PRIMERA VEZ, EL DUEÑO DEL BARRIO, CON UN PIE EN LA TRAMPA, MORIR DE TRISTEZA, RAÚL, EL OTRO, ROBO HORMIGA, A LA DERIVA y A SUS HUESOS SE LOS LLEVARÁ EL VIENTO.

Este cuento se vincula temáticamente con BORGEANO, de Daniel Vázquez y Alejandro Alonso, y LETICIA EN EL REFLUJO DE LA MAREA, de Alejandro Alonso.

El Che Guevara viene en ayuda de Hapoel Jerusalem

Larry Lefkowitz

 **EE. UU.**


Ilustración: Guillermo Vidal

Estaba sentado, o más bien reclinado, en el purgatorio (hablando en sentido figurado, pues la forma corporal aquí es superflua) dedicado a mi pasatiempo favorito, la lectura de los libros de Marx y Engels, tratando de entender (ahora que por fin tenía tiempo) lo que en realidad habían tratado de explicar. Como no estaba haciendo ningún progreso notable, no me molestó y hasta incluso le di la bienvenida, a la llegada del mensajero.

—¿El señor de la Serna?

—Mi nombre es Che Guevara. Hace tiempo que mudé el nombre de mi familia burguesa por uno más revolucionario.

—En cualquier caso, parece que puede sernos de utilidad allá abajo, siempre que estuviera de acuerdo.

—¿Abajo? —Levanté una ceja metafórica.

—Sí, abajo. En Jerusalén.

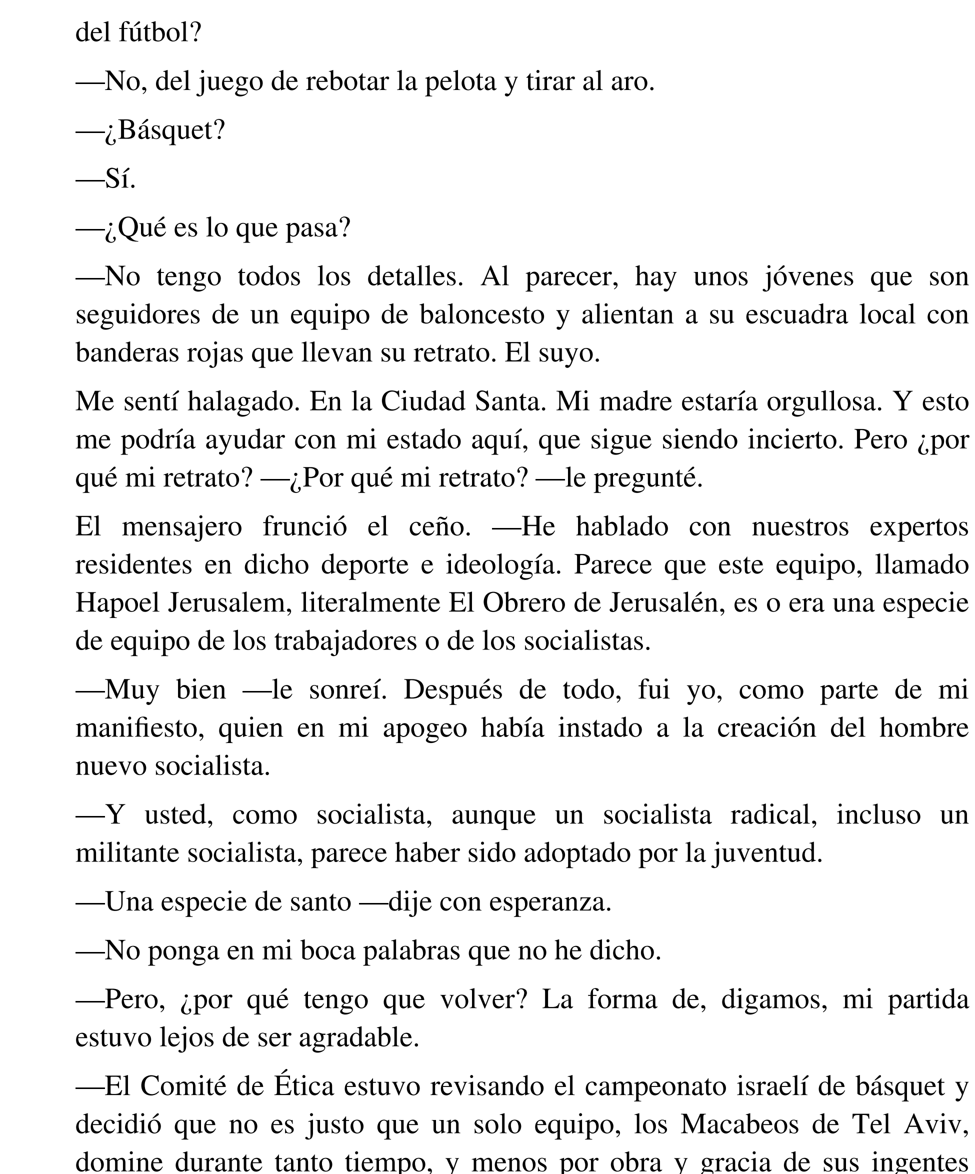
—¿La Ciudad Santa?

—Precisamente.

—No estoy tan seguro de que allí me conozcan.

—Lo conocen. Aunque sea una pequeña porción. Jóvenes aficionados a los deportes.

—¿Aficionados de los deportes? Reconozco que me empecé a interesar. Soy argentino de nacimiento, así que rápidamente agregué: —¿Fanáticos



del fútbol?

—No, del juego de rebotar la pelota y tirar al aro.

—¿Básquet?

—Sí.

—¿Qué es lo que pasa?

—No tengo todos los detalles. Al parecer, hay unos jóvenes que son seguidores de un equipo de baloncesto y alientan a su escuadra local con banderas rojas que llevan su retrato. El suyo.

Me sentí halagado. En la Ciudad Santa. Mi madre estaría orgullosa. Y esto me podría ayudar con mi estado aquí, que sigue siendo incierto. Pero ¿por qué mi retrato? —¿Por qué mi retrato? —le pregunté.

El mensajero frunció el ceño. —He hablado con nuestros expertos residentes en dicho deporte e ideología. Parece que este equipo, llamado Hapoel Jerusalem, literalmente El Obrero de Jerusalén, es o era una especie de equipo de los trabajadores o de los socialistas.

—Muy bien —le sonreí. Después de todo, fui yo, como parte de mi manifiesto, quien en mi apogeo había instado a la creación del hombre nuevo socialista.

—Y usted, como socialista, aunque un socialista radical, incluso un militante socialista, parece haber sido adoptado por la juventud.

—Una especie de santo —dije con esperanza.

—No ponga en mi boca palabras que no he dicho.

—Pero, ¿por qué tengo que volver? La forma de, digamos, mi partida estuvo lejos de ser agradable.

—El Comité de Ética estuvo revisando el campeonato israelí de básquet y decidió que no es justo que un solo equipo, los Macabeos de Tel Aviv, domine durante tanto tiempo, y menos por obra y gracia de sus ingentes recursos financieros. Parece que solamente Hapoel Jerusalem está en condiciones de cortarles el paso y, al ganar una especie de campeonato de baloncesto que hay ahí, corregir la inequidad.

Estaba eufórico. —Otra oportunidad para derrocar al capitalismo. Otra posibilidad para suprimir la injusticia que sufre la gente. Dar batalla otra vez. Las banderas socialistas.

El serafín frunció el ceño. —No se deje llevar, Guevara, que todavía está en período de prueba por estos lares.

Me controlé. Si mi futuro aquí estaba en juego, también estaba la cuestión

de cómo iba a ser recibido en la Ciudad Santa. En La Habana o Pekín podía aspirar a una buena acogida, tal vez incluso en Tel Aviv, si recuerdo mi historia, pero ¿en Jerusalén? —¿Cómo me van a recibir en Jerusalén? —le pregunté, preocupado.

—Ah —exclamó el serafín, frotando sus alas por la satisfacción—. Usted va ir en fecha propicia. Los líderes carismáticos y honestos están de moda en Jerusalén. En particular si son rabinos. Difícilmente usted sea un rabino pero hay que decir que tiene cierto carisma, por más que en el pasado lo haya utilizado con fines dudosos. Y en este caso, puede valerse de esta cualidad suya para lograr un resultado moralmente correcto.

—Bueno, voy a ir. Y hasta podría suscitar un poco de la adoración de otrora.

—Me sorprende Guevara. ¿No ha aprendido nada durante su estancia aquí?

Marx y Engels hubiera querido responder, pero consideré que semejante desfachatez no ayudaría a mejorar mi situación. —Estoy listo para ir al servicio de… —y miré hacia arriba.

Inmediatamente sentí la vieja forma corporal y me encontré de pie en una zona muy concurrida, cerca de la estación central de autobuses de lo que supuse era Jerusalén. No parecía que mi llegada hubiera causado un gran revuelo. Era simplemente otra figura barbada en una población en la que muchos de los hombres llevan barbas y sombreros, aunque yo estaba sin sombrero porque mi boina había sido confiscada a mi llegada arriba. No hay duda de que mi boina habría sido considerada provocativa. No perdí tiempo, y de acuerdo con mis instrucciones, me dirigí al estadio de básquet de este equipo, el Hapoel.

Llegué al estadio la noche del juego. Traté de comprar un billete. —Localidades agotadas, Habib —dijo el vendedor de boletos—. Esta noche es el gran juego en el que se decide el campeonato. Hapoel contra los Macabeos de Tel Aviv.

Hapoel, pensé, los Némesis. La bestia negra del capitalismo.

Puesto que se me habían otorgado ciertos poderes acordes con la misión, la falta de boletos no representó problema alguno. Fui detrás de la boletería, desaparecí y reaparecí ya dentro del estadio.

No puedo expresar mi alegría al ver las banderas rojas colgando detrás del tablero donde estaban los jóvenes de camisa roja. Todas con mi retrato. Era casi como en los viejos tiempos. Y no tenía que compartir la gloria con Fidel. Era evidente que no había carteles con su rostro.

Al acercarme, sentí curiosidad por ver si alguien me reconocía. —Qué linda

imagen —le dije a un joven que agitaba una bandera con mi cara.

—Sí —respondió el joven. No pareció conectar el retrato con el sujeto frente a sí.

—Soy el Che Guevara —le dije.

Me miró de arriba abajo. —Y yo soy el Golem de Praga —respondió.

—Camarada Golem, estoy feliz de conocerlo —… pero me detuve, advertido por algo en su tono. Busqué iluminación mirando al cielo y al instante me dieron la respuesta—. Muy gracioso, amigo —le dije al joven.

A su vera había otro joven que había escuchado la conversación. Extendió la mano. —Feliz de conocerlo, el Che —dijo.

Le di la mano y pero enseguida me di cuenta de que me estaba tomando el pelo. Me alejé disgustado. Estos fanáticos de Jerusalén no eran como las multitudes que solía manejar en La Habana. Traté de consolarme atribuyendo el asunto a la prohibición de adorar de ídolos, tan fuertemente arraigada en su religión.

Un hombre de unos treinta años y aspecto energético se me acercó. Se presentó como Danny, explicando que era un representante del Hapoel Jerusalem.

Estuve a punto de preguntar si era Danny el Rojo, pero de inmediato noté que era demasiado joven para ser ese Danny.

—Le he oído decir que era el Che —me dijo—. Ok, así que el Che. Por cierto, se parece a él. Puede liderar a la hinchada. Te voy a dar una camiseta del Che Guevara y le voy a tomar prestado una boina a Sasson, el vendedor falafel. Espere aquí.

Esperé. En el purgatorio me había acostumbrado a esperar. Pronto el hombre regresó con una boina y una camiseta roja con mi cara. Estaba bastante parecido. Me puse la camiseta y la boina.

—¡Guau! —exclamó—. Se ve como el Che. ¿Se le ocurre algún cantito para alentar a Hapoel?

¿A mí me pedía un cantito de cancha? ¿A mí, un más que respetado teórico y táctico de la guerra de guerrillas? Si lo miraba bien, el desafío de los Hapoel contra Macabeos podía asimilarse a una especie de guerra de guerrillas contra una fuerza superior. Pensé un rato y le dije: ¿a ver qué le parece Ha-po-el cha, cha, cha —entoné, cantado en ritmo de cha-cha-chá.

El hombre lo meditó un poco. —Que sea: Ha-po-el Che, Che, Che. Che como en Che Guevara.

Hice una mueca. Pero tras una segunda mirada, no dejaba de ser halagador.

—Ha-po-el Che, Che, Che —repitió un par de veces, tratando de conseguir el ritmo justo—. Nada mal.

Esa noche Hapoel derrotó a Macabeos y conquistó el campeonato Como el lector imagina, el jingle pronto se extendió por todo el país. La mayor victoria de los camisas rojas desde la unificación italiana por las camisas rojas de Garibaldi.

Me convertí en una celebridad y me entrevistaron en programas de televisión. Incluso querían hacer una película sobre mí, es decir, sobre el Che Guevara, debido a mi inusual parecido con el Che.

Estuve tentado. No sé si fue por esta tentación o porque había cumplido mi misión. Sea por una cosa u otra, me llamaron de arriba mientras que allá abajo me buscaban por todo el país. Pero aunque hice unos goles celestiales (para decirlo en un modo deportivo), se me mantuvo en el purgatorio a causa de mi tentación de hacer la película y de ciertas sospechas de que estaba propiciando un culto de la personalidad. Culto de la personalidad, ¡justo! ¿Quién se pensaban que era? ¿Mao Tse-Tung?

Larry Lefkowitz nació en EE.UU. y emigró a Israel en 1972. Sus cuentos y poesías han sido publicados ampliamente en EE.UU., Israel e Inglaterra.

Esta es su primera publicación en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con FICCIÓN BREVE (30), de varios autores.

Ovoides

Deborah Walker

 **Inglaterra**

Vi al soldado a través de la ventana del desván.

—Alice Petrag —gritó en su megáfono.

Hice una mueca. No me gustó que usara mi antiguo nombre.

—Queremos que se una a nosotros. Tiene las habilidades y conocimientos que necesitamos.

Eso es algo altamente improbable. No me iba a esconder en un búnker subterráneo con una pandilla de científicos y cobardes que son la nada misma. El soldado no conocía su verdadero deber.

—Muchos de sus compañeros vigilantes se han incorporado —gritó.

Otra mentira; la mayor parte de las fuerzas armadas se habían unido a los vigilantes.

—Te necesitamos. Su voz se apagó. Me pareció que le había dado vergüenza.

Después de una hora de gritar inútilmente, regresó a su camioneta para un cigarrillo y una lata de Coca-Cola, antes de conducir hasta la siguiente ciudad, a la siguiente campaña de reclutamiento infructífero.

Los soldados se dejaban caer cada pocos meses. No eran una gran molestia.

#

Para las diez y media estaba en casa. El soldado ése había revuelto mis cosas, pero no se había llevado nada. Tal vez debería haber hablado con él. Después de todo, los dos queríamos lo mismo. Tal vez podría haberlo reclutado para los vigilantes.

Me había perdido mi ejercicio de la mañana y la búsqueda de armas. Era el momento de investigar el foro. Revisé la batería de mi computadora portátil y me conecté. Internet aún funcionaba. La red sigue siendo un lugar de especulación salvaje y distracciones improductivas, no hay cambios allí.

Me conecté a Las Furias. Es bueno mantener contacto con personas de ideas afines. Las Furias es un foro únicamente para mujeres. Aunque preciso es admitir, no hay manera de comprobarlo. Yo misma tenía un sinnúmero de avatares y he utilizado un montón de nombres diferentes.

Vi que StoneHeart estaba en línea, y le envié un hola. Me gustaba StoneHeart. Tenía un áspero sentido del humor.

Ella respondió: —¿Has visto los nuevos mensajes del gobierno? Se están ridiculizando a sí mismos.

Me metí en el sitio del gobierno. Ciudadanos, por su propia seguridad, les instamos a trasladarse a una instalación subterránea oficial. Estamos desarrollando una estrategia cohesiva. Necesitamos a cada persona sana. Aislados, vamos a fracasar. Si usted es uno de los llamados combatientes vigilantes, le instamos a reconsiderarlo. Únase a nosotros. Juntos, vamos a tener éxito.

Siempre el mismo mensaje, reformulado cada pocas semanas, para tentarnos a los así llamados combatientes vigilantes.

—Tienes razón, StoneHeart. Son unos ridículos.

Nos mandábamos mensajes de ida y vuelta. Le envié los detalles del ácido que había inventado. Parecía tener un leve efecto en la concha ovoide.

Fue entonces que me envió un mensaje que no me gustó para nada. Me encantaría que pudiéramos conocernos. Dijiste que eras de Derbyshire. Yo también.

Me desconecté inmediatamente.

Todo mal con mi agenda esa mañana. En lugar de emplear el tiempo en algo útil, sólo daba vueltas de arriba abajo por el jardín.

A las once y media me forcé a sentarme en mi silla para la observación de patrones. Me sentía mejor rodeada de mis armas: cuchillos, una motosierra, diversos ácidos, una variada gama de mezclas químicas, algunas de uso común y otras, más esotéricas. El barril de agua, nunca se sabe. Y luego estaba el lanzallamas. Tenía un buen presentimiento con el lanzallamas.

Tracé los movimientos en la superficie del ovoide, descargando los datos para un grupo que supervisa los patrones. Algunos vigilantes trabajaban en equipos, tenían sus propios búnkeres. No me importa compartir mis datos con ellos pero yo trabajaba sola.

Estaba escaneando los foros de vigilantes, cuando apareció un mensaje de StoneHeart. Esa chica no se daba cuenta de nada. Eliminé el mensaje sin leerlo.

Era mediodía, la hora del almuerzo. Tenía una agenda muy apretada, los ejercicios, la investigación, el entrenamiento con armas, todo a la vista del ovoide.

Una vez más miré mi reloj. No era el momento todavía. Calenté una lata de estofado de pollo para el almuerzo.

Después del almuerzo sí era el momento: la media hora donde me permito pensar en el pasado.

Toqué la piel del ovoide, sentí su calor. Lo extraño que era. Ahora consumía toda mi vida. Cuando era una niña era diferente. El ovoide en nuestro jardín no era más que un lugar sin complicaciones para ocultarse jugando a las escondidas.

—¿Por qué siempre eliges ese lugar? me preguntaba María. —Tú sabes que es el primer lugar donde busco.

Yo era tres años menor que María.

La familiaridad engendra indiferencia. Los ovoides eran sólo formas extrañas que, una generación atrás, habían crecido por todo el mundo. Los ovoides no hicieron nada.

Hasta que vinieron sus padres.

Hace diez años, miramos hacia arriba y nos encontramos con un cielo poblado de formas amenazantes, masivas montañas de carne retorcida, desovando a diferentes escalas de tiempo. Les tomó dos años para completar lo que debía ser, para ellos, un espasmo de éxtasis reproductivo. Eran indiferentes a nuestras desesperadas armas, tal vez enrulados en una realidad alterna.

Cuando llegaron, sus gametos colgaron durante días, oscureciendo el cielo. Hasta que, a instancias de algún estímulo invisible, rasgaron nuestro mundo de papel tisú, nuestras vidas frágiles. Me senté frente a mi casa en ruinas, donde en algún lugar, debajo de los escombros, estaban los cuerpos de mi madre, mi padre y María.



Ilustración: Saurio

Un pequeño porcentaje de gametos llegó al destino previsto y fertilizó los ovoides que aguardaban por ello.

Yo fui uno de los afortunados. Ahora, espero. Mis armas están a mi lado.

He eliminado otro mensaje de StoneHeart. Ella es una molestia, una distracción. Debería cambiar mi avatar y mi nombre. Entonces no podría encontrarme.

Estoy esperando. No voy a permitir que nada me distraiga. Estoy esperando a que el ovoide se parta, estoy esperando que dé a luz a su progenie.

Y cuando emerja, no encontrará lugar donde esconderse.

Título original: *Ovoids* © **Deborah Walker**
Traducción: **Pablo Martínez Burkett**, © 2016

Este relato fue publicado por primera vez en Nature's Futures (2010). Deborah Walker creció en la ciudad más inglesa de su país, Ripley, pero pronto se mudó a Londres, donde ahora vive con su pareja, Chris, y sus dos pequeños hijos. Pueden encontrar a Deborah en el Museo Británico deambulando entre el pasado para conseguir inspiración futura o en su blog. Sus relatos han aparecido en Nature's Futures, Cosmos, Daily of Science Fiction y en Year Best SF 18.

Ha publicado previamente en Axxón sus cuentos SIBYL, VÁLIDA PARA ALGO y LA TÍA MERKEL.

Este cuento se vincula temáticamente con EL FRENTE DE BATALLA, de Silvia Spruck Wrigley.





Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**